



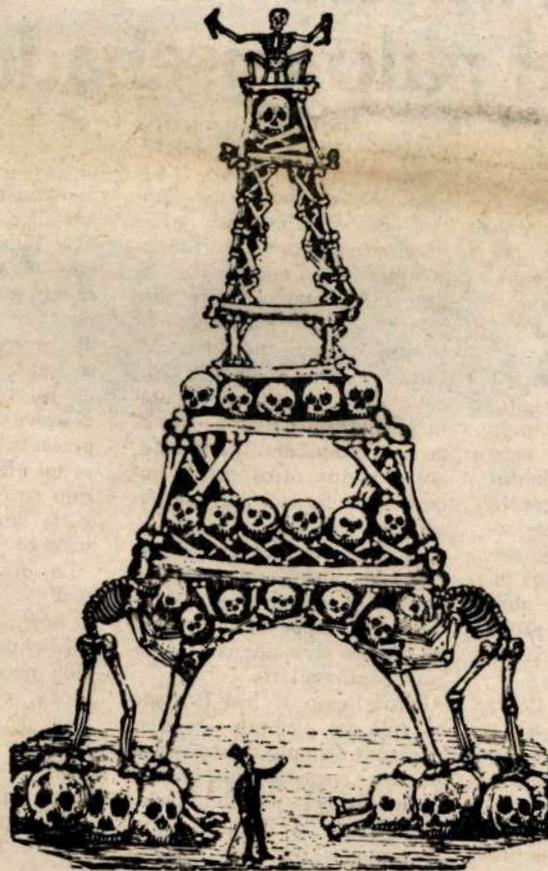
el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka

Lima, 5/9/82 No. 121 Año III

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
 Marco Martos
Diagramación : Lorenzo Osorio
Arte : Marcos Emilio Huamani
Fotografía : Beatriz Suárez
Corrección : Mito Tumi
Coordinación : Charo Cisneros
Impresión : EPENSA

La izquierda y la década del 80
Vivir en Lima
Perú, promesa incumplida
Fellini: mundo, demonio y carne
"Moby Dick", la epopeya de los mares



Terrorismo

El apagón de la razón



No es por ponerme en plan de Pepe Grillo (la pequeña y verde conciencia de Pinocchio) pero el presidente Belaúnde está muy mal. Yo creo que debería tomarse un descanso, en vez del habitual de sus ministros, en la rumorosa bahía de Paracas. Un buen descanso: hasta el 85, por lo menos.

Se le ha dicho liberal, reaccionario, ingenuo, mañoso. Y es posible que tenga algo de todo al mismo tiempo. Pero la realidad es otra, bien me temo. Belaúnde está entregado al franco desvarío. Actividad, por cierto, común a miles de peruanos (cosa triste, cotidiana, que podría llevarnos a la resignación). Pero, definitivamente, inaceptable tratándose del primer mandatario. Máxime si el arquitecto, como dijo durante la ceremonia del aniversario de la Guardia Civil, *personifica a toda la nación* (¡no, gracias, por favor!)

Esa historia de la grande y siniestra conspiración internacional contra el Perú, no sólo no convence a nadie, sino que

transmite una imagen insana del sillón presidencial. Se ha rayado. Las reacciones van desde la sonrisa agríndice de los ciudadanos (de izquierda o de derecha) hasta el tono cachaciento con que el semanario norteamericano "Newsweek" comenta esta semana sus acusaciones de conjura extranjera. Amén de las carcajadas —secretas, por supuesto— de sus más cercanos colaboradores. Hay, a propósito, quienes dicen, contra la idea general, que Belaúnde no está marginado por la cúpula de Acción Popular y el gabinete, sino más bien se halla permanentemente estimulado por su entorno en todo aquello que, de un modo u otro, lo lleve a transitar los oscuros caminos de la locura.

La cosa comenzó hace ya buenos meses, cuando el primer ataque de Sendero Luminoso a Vilcashuamán. (Hubo síntomas anteriores, es cierto, pero hay instancias en que es muy difícil deslindar el delirio de la simple excentricidad). En esa ocasión —previa patraña montada por un grupo de la Guardia Civil— Belaúnde

recogió entre los restos de un imaginario combate épico, nada menos que un trapo rojo, común y corriente. Así como suena.

Entonces le explicaron, hasta el cansancio, desde la prensa de diestra y siniestra, que eso no representaba ninguna enseña nacional. Que los soviéticos tienen la hoz y el martillo y una estrellita en el ángulo superior izquierdo, que los chinos tienen un puñado de estrellas en su bandera, que los albaneses un águila bicéfala y negra, que la cubana no es roja, que la nicaragüense es azul y blanca (y no es la argentina), que la húngara es roja, blanca y verde (y no es la italiana), que la de Alemania Oriental es igualita a la de Alemania Occidental (y no es la misma). En fin, se hizo lo que se pudo. Pero Belaúnde, nada. El pobre se pasó un par de semanas, y algo más, diciendo que ninguna bandera roja flamearía sobre la bicolor peruana y, sobre todo, que esa era la *prueba definitiva de la intervención extranjera*.

Ya por ese tiempo se le desató la manía de nombrar bien, sin mirar a quien. En plena década de los años 80 echaba mano al viejo truco macartista de la supuesta conjura (inminente) del comunismo internacional. Pero sin pruebas esas acusaciones no funcionan (¿y dónde las iba a encontrar?) De modo que señaló en general, por ver qué pasa, a los países socialistas en bloque, sin

nombrar —claro está— a ninguno.

De un lado, pretendía desviar la atención de la inmensa responsabilidad que le cabe a su gobierno en el nacimiento de brotes como Sendero Luminoso. La miseria, en que nos ha sumido el gabinete Ulloa, es pésimamente consejera. Y la represión indiscriminada es una afrenta para la humanidad de este país.

De otro lado, cometía una insultante torpeza —por decir lo menos— contra los Estados socialistas con los que mantenemos óptimas relaciones desde hace más de una década. Dos meses antes, el premier Ulloa se había permitido comprometer a Cuba en los sucesos del terrorismo. Lo declaró en una conferencia de prensa en Europa. Y en el colmo del cinismo habló de *pruebas contundentes que él se reservaba*. Un fragmento del *video tape* se pasó en un noticiero limeño a las 7 de la noche. En el de las 10 ya no se repitió. Y, hasta el día de hoy, han fondeado bajo todos los océanos el asunto. Así, de manera directa. Puesto que en la otra modalidad, la delirante, el régimen utiliza nada menos que al presidente de la República, tal como en otras ocasiones, y para otros fines, utiliza a su pintoresco hermano Francisco en los desvaríos parlamentarios.

No hay vuelta que darle, a este gobierno de la Oxy, de la Eastern, de la miss Universe

Inc., le cuesta demasiado hacerse a la idea de país soberano, que puede tratar con todos los pueblos del mundo, herencia recibida del general Velasco. Como Inka Cola, que de ser antaño la *bebida del sabor nacional* ha pasado a ser *Oh, yeah, que buena idea*.

Pero Belaúnde se ha coronado, realmente, en la última semana. Jamás creí que Dios me iba a dar vida para verlo en la TV, blandiendo el derechista cotidiano francés "Le Figaro", como prueba, otra vez *definitiva*, de la injerencia extranjera en el terrorismo.

Y ahí confunde la información, según él, magnificada de los problemas del Perú, con las cartas que el respetable (y, a veces, acusado de anticomunista) organismo Amnistía Internacional le ha dirigido por el injusto encarcelamiento del dirigente campesino Pastor Anaya Cuadros.

Anda mal Belaúnde y mal acompañado. Tal vez, antes de irse a Paracas, podría prestar oídos a Augusto Ferrando que es, para los mismos fines, mucho más eficaz. Si con los fantasmas de la conjura comunista se quiere provocar la amnesia nacional, es mejor el *slogán* de la pena: "No se la pierda que está como cañón, muérase de la risa y así se olvidará de todos sus problemas". (Antonio Cisneros).

Nuestra versión del palo ensebado

Luis Pásara



He escuchado que Haya de la Torre cantaba, en sus coloquios, que lo que más le sorprendió de su primera visita a Alemania fue la forma en que se jugaba al palo ensebado. Allí, cuando alguien se lanzaba a competir, el público lo alentaba constantemente para que subiera y alcanzara el éxito. En el Perú, en cambio, Haya había visto exactamente lo contrario: quien se aferraba al madero era víctima de todo tipo de burlas, gritos de desaliento y hasta jalones de pantalón, que cesaban sólo cuando el pobre atrevido caía a tierra, de vuelta al nivel de los demás. El nivel de la incapacidad y la consiguiente impotencia, que nos caracterizan.

La tesis que está presente en la anécdota del palo ensebado puede ser ilustrada con historias que todos conocemos. Quién no ha presenciado la representación de nuestra versión del palo ensebado en su colegio, en la oficina, o en el partido. Quién no podría contar cómo vio frustrarse, una y otra vez, gente que intentaba hacer algo serio. Quién no podría dar su testimonio acerca de un caso pequeño o grande, en el cual los poderosos pasaron una buena iniciativa, formulada por alguien que se había propuesto "hacer país".

Vale la pena referir el caso de José Hurtado, un especialista en derecho penal. San marquino, con estudios en Sui-

za y Alemania, se empeñó en volver al Perú para escribir y enseñar. Produjo aquí tres libros y muchos artículos que quedan ahí, para ser juzgados. Abrió vías nuevas en la investigación. Y dedicó tiempo a la enseñanza universitaria, con seriedad y trabajo de síntesis propia.

Se le ofreció ingresar a la tarea judicial cuando, hace unos años, corrieron vientos de reforma en ese enrarecido ambiente. Hurtado ingresó, reduciendo su dedicación universitaria, para comenzar una labor que interrumpió en abril último, cuando no fue ratificado en su cargo de vocal de la Corte Superior de Lima.

¿Cuál fue su error? Quizá el error consistió en haber razonado sus sentencias de modo tal que, sin proponérselo, puso en evidencia la ignorancia jurídica a menudo prevaleciente en la Corte Suprema de la República. O acaso su error estuvo en haber participado activamente en la formación de la Asociación Nacional de Magistrados, que fue vista —con el temor de aquellos que se benefician de la sumisión judicial— como embrión de un movimiento

gremial entre los jueces.

Como la Suprema no cumplió con el precepto constitucional que ordenaba fundamentar la no-ratificación, ni siquiera contamos con una coartada oficial para explicar el que Hurtado no fuera ratificado. Echado de la función, sin que se le formulara jamás cargo alguno, Hurtado debió buscar otro trabajo, como varios otros jueces honestos y capaces que sufrieron igual sanción.

La diferencia, en el caso de Hurtado, estuvo en que su calidad sí era apreciada fuera del país. Acaba de irse a Suiza, donde desempeñará la docencia universitaria.

Pero el caso de José Hurtado es sólo un ejemplo. Un aleccionador ejemplo del trato que nuestra sociedad dispensa a su inteligencia. Un iluminador ejemplo de la forma en que se ejerce el poder en el Perú. Un revelador ejemplo de la manera en que el país expulsa a su mejor gente.

Porque no se trata de casos individuales o de ejemplos excepcionales. Por el contrario, estamos ante un método mediante el cual se perpetúa sistemáticamente la me-

diocridad y se extirpa permanentemente la opinión distinta a la oficial.

Ciertamente, las formas de sanción son diversas. Hay el rumor que empieza por sugerir que el disidente abriga un propósito oscuro: "algo se trae". Esa es la más simple de las formas utilizadas para descalificar personalmente al presunto adversario; pero, para tal efecto, el recurso preferido en el país consiste en asegurar que el adversario es homosexual.

La otra vía, directa y expeditiva, se limita a eliminar al adversario, real o potencial, moviendo el resorte de decisión necesario. El resorte funciona, casi siempre, sobre la base de otro mecanismo típicamente nacional: el clientelismo. Ese gran depósito de favores intercambiables permite que algún poderoso pida la eliminación de quien le estorba. El sabrá recompensar la atención que se le preste. Y en este país —de una precariedad y una inseguridad sociales más que evidentes— quién perderá la oportunidad de congraciarse con quien formula, desde arriba, el pedido.

Se equivoca quien piense

que este siniestro recurso del poder está restringido a aquellos a quienes usualmente llamamos poderosos. En otras palabras, no sólo quienes controlan grandes recursos económicos o quienes ejercen altos cargos se rodean exclusivamente de quienes no puedan ensombrecerlos. En cualquier nivel institucional o jerárquico se repite aquel mecanismo, que también se vale de la envidia y la maledicencia para contribuir a la conservación de quien está arriba.

En la vasta red del poder —de pequeños y grandes poderes— que penetra toda la sociedad, está vigente el principio por el cual el hombre o la mujer competentes, dedicados y con voz autónoma, son considerados indeseables. Ocurre en las centrales sindicales y en los partidos políticos de todo el espectro. Se da en las universidades y los centros de investigación. Compromete la mentada eficiencia de la empresa privada. Y, por cierto, prospera en la burocracia estatal.

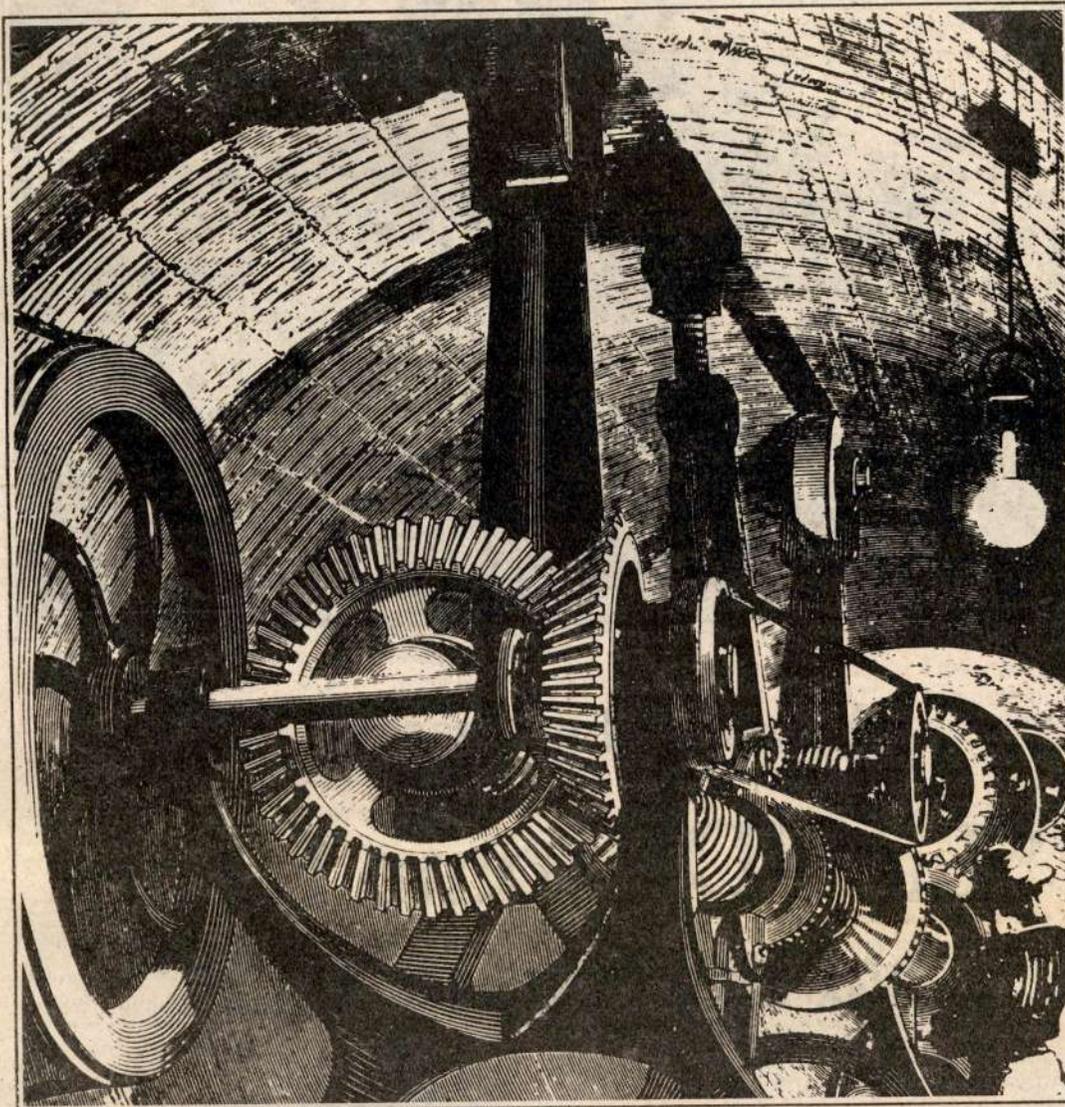
Puede que la explicación se halle en la escasez de recursos de una sociedad miserable. Puede que la causa esté en la "herencia colonial" que configuró un dominio oligárquico que sobrevive a la oligarquía. Pero lo que importa es que nuestra actitud ante el palo ensebado es uno de los males que, en círculo vicioso, reproduce inacabablemente lo que somos.

Terrorismo

El apagón de la razón

Amalia Sánchez

El día del primer apagón, estaba en el cine. Naturalmente, no pasó nada: los chiflidos, risas y bromas de costumbres. Las chicas chillando para bajar los escalones de la mezzanine sin tropezar. Cuando todo el mundo se dio cuenta que la cosa iba para largo, tranquilamente y en orden —así como indica Defensa Civil que debe actuarse en caso de catástrofe— las personas comenzaron a salir a reclamar su ticket para volver otro día.



de las ejecuciones sin tasa en la Francia revolucionaria, y así se ha repetido con variantes en los regímenes tiránicos más sangrientos: es necesario disponer de la maquinaria del poder para que el terror alcance su real, y terrible, significado. Lo otro es provocación, incidente, tragedia muchas veces de escala alarmante, que pueden llegar a conformar una sociedad convulsa y peligrosa, pero aún no es el terror, aunque en sus convulsiones pueden hallarse los gérmenes del mismo. Lo más próximo en el tiempo y el espacio es la historia argentina, desde que la guerrilla urbana decidió largarse por las suyas a contrapelo de la propuesta democrática —endebles, ciertamente— del último gobierno peronista. Pero, es necesario recordarlo una y otra vez, la respuesta vino in-

mediatamente con las dementes bandas paramilitares cuya impunidad, más que sospechosa, se prolongó durante los estertores del régimen de María Estela Martínez y también por el régimen militar. El espejo argentino es el más próximo y el más terrible imaginable, en el que el Perú no debe jamás correr la tentación de verse: ni el reloj de la historia avanzó ni ninguna forma legítima de paz se consiguió, pese a la abundante sangre derramada de la que se dice, en cada discurso de uno y otro lado, "no ha sido vertida en vano".

(Nada es en vano, claro. Pero hay precios tan altos para pagar determinadas cosas que viene a ser lo mismo. Los discursos no le devuelven la vida a nadie, y el "vive para siempre entre nosotros", queda reducido

al ámbito de los deudos más próximos. Bajo la forma de un irreparable dolor).

Provocación-respuesta: ¿a tan sencilla fórmula vienen a quedar reducidos algunos de los más difíciles sucesos políticos del continente en los últimos años? Tan sencilla fórmula es la que cobra vigor en la mente del ciudadano medio, vagamente —aún— amenazado por la persistencia de los bombazos y atentados. El mayor triunfo de las derechas del mundo no ha sido, al fin y al cabo, tal golpe de Estado o cual política económica implantada aquí o allá con la disconformidad de todo el mundo. El mayor triunfo ha sido donde se da la creación de ese individuo medio anestesiado, escéptico —y no sin razón— frente al hecho político y más aún frente a la fórmu-

la política, amigo de generalizaciones usualmente dictadas machaconamente por los medios de comunicación y que acaban siendo aceptadas como propias, tan incapaz de actuar y aun de pensar individualmente que acepta como providencial cualquier fórmula sencilla, clara y aparentemente eficaz, que se oponga al desorden. Este constituye la provocación, así sea su origen una convulsión social de raíces legítimas, o la autodeterminación revolucionaria de un grupo terrorista, y el individuo medio atormentado exige la respuesta. Se convierte, por mayor o menor lapso de tiempo, en el colchón que legítima, a título de "opinión pública", el terror ejercido desde el poder. Porque aún el poder más arbitrario necesita de una u otra forma de legitimidad social: cuando no cuenta con los trabajadores, ni fórmulas institucionales válidas ni con una mayoría aceptable apela al "ciudadano medio" al "hombre común" que no se sabe bien cuántos ni quiénes son.

FASCISMO Y DESPRECIO

"El fascismo es, efectivamente, el desprecio. A la inversa, toda forma de desprecio, si interviene en política, prepara o instaura el fascismo", dice Albert Camus (*El hombre rebelde*).

El desprecio absoluto (el fascismo instalado) niega a los que no participan de la mínima célula del poder todo derecho, excepto el de ser dirigidos. El fascismo latente, disfrazado de un abyecto populismo, que derrama cataratas de mensajes turbios desde una pantalla de televisión, de cine o de las páginas de un periódico, es también el desprecio hacia los receptores de los mensajes y al poder de la inteligencia, y prepara, conscientemente o no, para formas más sólidas de fascismo. El desprecio hacia los demás que demuestran las acciones de un grupo armado que se arroga el derecho de actuar a contrapelo de las opiniones no consultadas de un pueblo entero, ¿no contiene ya los elementos precursores o preparadores del fascismo? Desprecio, pánico, población (o un sector significativo de ella) anhelando un orden cuyo precio no puede calcular: cuanto todo esto se combina, es el tiempo de comenzar a temblar. Premonitoriamente. Porque el tiempo de la irracionalidad puede no estar lejos: que ya se comience a hablar con tanta fruición y calculado simplismo de la pena de muerte, es un indicio revelador.

¿Puede el Perú escapar a la lógica horrible de la provocación-reacción? Todavía está a tiempo, ciertamente. Si desde el poder, y desde fuera de él, se encuentran las formas de controlar la situación colocándose en las antipodas de las reglas de juego que el terrorismo ofrece. No es fácil, pero es posible. Todavía.

Al otro día, casi todos los del ticket más algunos más estaban en el cine, y el apagón se produjo otra vez, con la diferencia que el día anterior fue cuando la película estaba poniendo interesante, y este vino justo en el desenlace. (De dónde se puede colegir que a los terroristas no les gusta el cine). Pero la reacción fue completamente distinta: nadie silbó, ni rió, y si algunos gritaron y todos corrieron. Hubo quien creyó escuchar disparos, quien golpes, y en segundos todo el mundo creyó haber escuchado disparos y golpes, nadie pensó en el ticket y si todos en alcanzar su automóvil, su colectivo, su casita, los afortunados que viven cerca. Esos tipos que siempre hay en los alrededores del cine, que no se sabe si son guardias, acomodadores o aspirantes a colados, daban órdenes perentorias que nadie obedecía. En la calle, mucha gente corría, los más cautos recomendaban tranquilidad caminando rápido. En fin... casi todos los que estaban en algún sitio público se habrán percatado de cosas similares y habrán reflexionado en cosas similares: el peligro del público, su carácter contagioso, su casi inevitabilidad y sus incalculables proyecciones. Y que, habiendo un precedente próximo, causarlo no cuesta casi nada.

En los últimos días, las conversaciones casuales tuvieron un tema adicional: recordar como la casualidad, el destino o la buena suerte lo libraron a uno de verse en el centro de la tormenta. Quien había estado contemplando muebles en la mueblería que fue incendiada. Quien pasó por la carretera a Cieneguilla donde un día después hubo balacera, y, por supuesto, pensó: "Mira si nos encontramos con terroristas...". Quien había ido a cobrar un cheque en el banco que, etc.

Todavía nada de esto comporta casi nada, es decir, todavía no se llegó al nivel de miedo colectivo que vuelve a las personas y a las sociedades tan peligrosas. Todavía es chisme, comentario, precaución, espanto más agrandado que real, persiguiéndose, invocar la mano dura... Ah, pero ojo: todo depende de cuántas y cuán fuertes puedan ser las invocaciones. La nostalgia del "orden", real o provocada —la responsabilidad de la prensa y medios de comunicación en este aspecto es fundamental—, la suposición de que hay otros que pueden restaurar el equilibrio que los actuales responsables no consiguen, pueden ir conformando esa confusa amalgama llamada "opinión pública", que convenientemente utilizada, amañada y codificada, sirve luego para justificar cualquier cosa.

TERROR Y PODER

El Dr. Sánchez recordó, en un programa televisivo, que en realidad el terror, propiamente dicho, sólo puede ser el terror provocado desde el poder. Así, en efecto, se llamó la época

—Senador Murrugarra, ¿qué es lo que realmente entrapa a Izquierda Unida? Quisiera, por favor, apelar a su sinceridad para obtener una respuesta que sea lo más concreta posible.

—Creo, para decirlo sin rodeos, que el entrapamiento radica en el hecho de que todos los partidos de izquierda no buscan el mismo tipo de socialismo. Me explico: una es la concepción que tiene el Partido Comunista y el PC del P. "Patria Roja"—concepción emparentada con las experiencias históricas de la Unión Soviética y China, respectivamente— y otra es la concepción que comienza a perfilar aquella izquierda que nace a partir de los años 60, que surge cuestionando a los partidos comunistas, que se nutre de experiencias tan valiosas como las centroamericanas y que en la actualidad a medida que comienza a conocer en profundidad el país, se va delineando cada vez con mayor claridad...

—¿Usted diría que la izquierda conoce bien el país?

—Lo conoce mucho más que la derecha; sin embargo, el desconocimiento anterior se convirtió en un gran escollo para todos nosotros, sin excepción, pues la izquierda por mucho tiempo ha actuado suponiendo que en el país existía una estructura social que se levantaba sobre una estructura económica bien diseñada que daba lugar a categorías o clases más o menos parecidas a las que utilizaban los pensadores europeos.

—La clase obrera, por ejemplo.

—Sí, claro. Incluso en la actualidad cuando en la izquierda se habla de la clase obrera no pensamos en el contenido concreto que tiene esa palabra en sociedades de capitalismo dependiente, con enormes desigualdades, como la nuestra... pensamos en las definiciones europeas o clásicas. Y por eso nos hemos engañado muchas veces y no hemos entendido muchas cosas...

—¿Usted afirmaría que la clase obrera no existe?

—Eso no... Lo que yo afirmaría es que el problema es mucho más complejo de lo que imaginamos. Vea usted: en el Perú tenemos un gran núcleo de obreros concentrados en los llamados centros de producción para la exportación como la minería, pesquería y los complejos agroindustriales; tenemos al proletariado industrial, y también a una enorme y mayoritaria cantidad de asalariados de pequeños centros de producción. Todos ellos conformarían la clase obrera ¿no es cierto? Sin embargo, ¿cómo entender a los primeros que he mencionado si éstos tienen un doble asiento: siendo asalariados mantienen, la mayoría de ellos, su asiento de pequeña propiedad parcelaria, no tienen una sola base material que los haga descartar la pequeña propiedad. Son muy pocos, en la actualidad, los sectores del proletariado agrícola que persisten en mantener su centro de pro-

ducción, la mayoría quiere parcelar. Igual o más complejo es el problema en el campo... Todo esto hace muy difícil que el movimiento campesino junto con la clase obrera se conviertan en el eje de la revolución...

—¿Cuál es su conclusión?

—Que la fuerza gremial—sin desconocer los grandes avances organizativos logrados—no logra convertirse en el eje estructurador del país. Y los paros nacionales son la mejor prueba de esta realidad pues no logran comprometer a todo el país sino a una parte bastante redu-

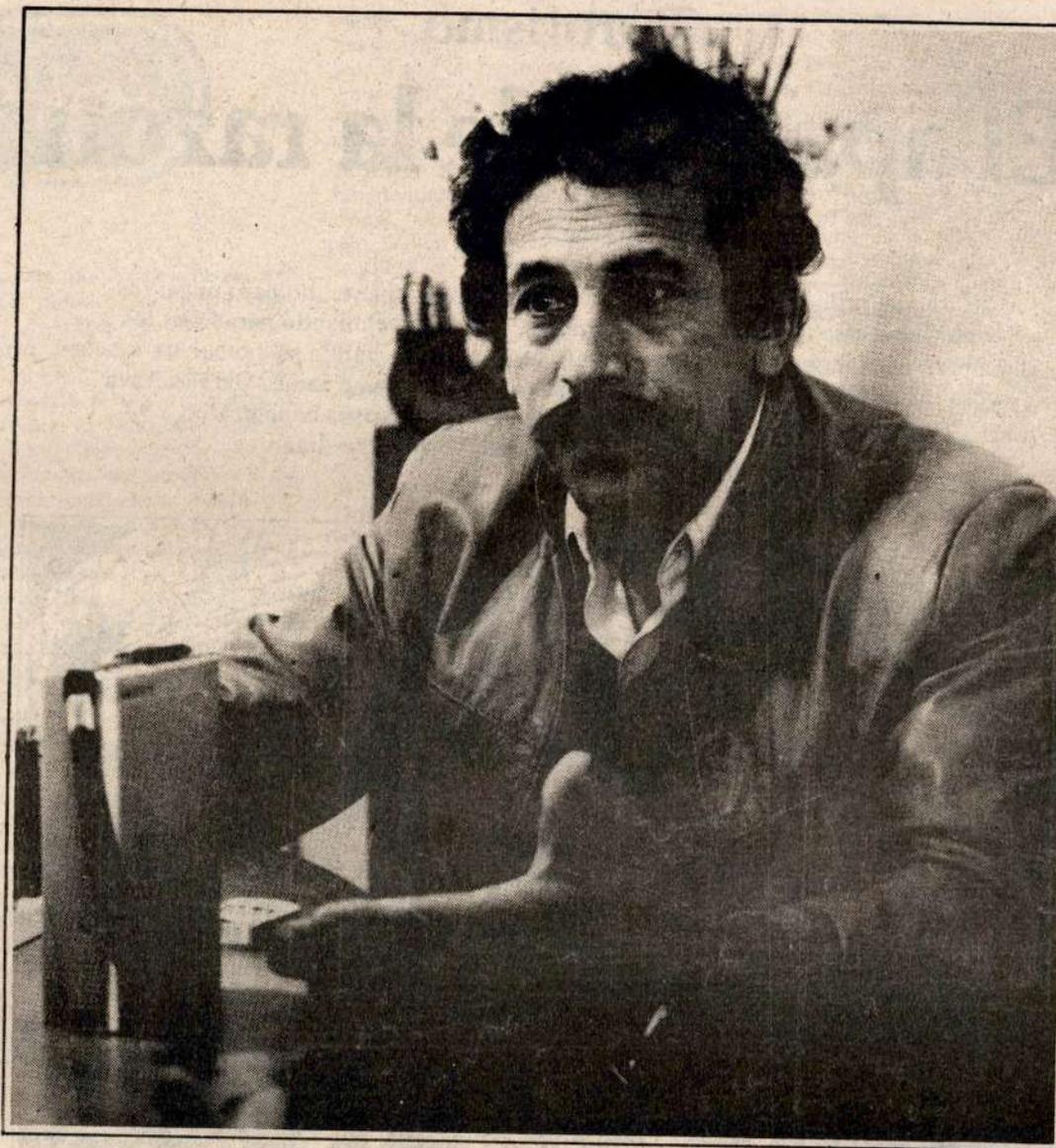
cida; cosa que sí consiguen los paros convocados por fuerzas que se asientan en otra realidad...

—Organizaciones regionales, vecinales...

—Efectivamente, las organizaciones de frente único, tipo federaciones o comités de productores y, también, las fuerzas políticas que logran, en determinados momentos, articular al movimiento popular...

—¿Usted diría entonces que en el Perú la vanguardia de la revolución no será la clase obrera?

—Yo creo que la tesis sigue siendo válida como tesis rectora, entendiendo clase obrera como proletariado, en su concepción más amplia: los que nada tienen que perder sino sus cadenas. La conclusión que yo extraería es otra y es que siendo conscientes de lo heterogéneo de la clase obrera y del país de capitalismo dependiente en el que vivimos, se entienda que la revolución en el Perú requiere de un periodo previo de preparación, de un gobierno de transición con una economía democrática y popu-



Beatriz Suárez

Edmundo Murrugarra (UDP)

“La UDP como frente ya no existe más”

Raúl González

El estado actual y el futuro de la izquierda peruana son los temas sobre los que girarán las próximas cuatro entrevistas que publicará *El Caballo Rojo* a partir de este domingo, y que deberán concluir con un conversatorio entre los principales dirigentes de Izquierda Unida. El primero de la lista es Edmundo Murrugarra Florián, de la UDP.

lar, con una política nacional y antiimperialista. Necesitamos un proceso para que se constituya eso que los sociólogos llamarían una clase obrera mucho más homogenizada, en su base material y en su conciencia, y por eso la lucha, en la actualidad, no puede ser otra que la lucha por la democracia más amplia y de ahí que la revolución tenga que ser democrática y que se entienda que sus componentes serán los trabajadores del campo y la ciudad pero sobre todo grandes sectores populares que no ingresan en estas categorías.

—¿Qué otros partidos coinciden con este planteamiento?

—Las organizaciones que nacen a partir de los años 60. Esto es, Vanguardia Revolucionaria, el MIR—que se encuentra en proceso de asimilación de estas tesis— el mismo PSR que ya habla de gobierno democrático y popular y no de un gobierno socialista. También el PCR y otros grupos menores...

—Se acercan al APRA mucho más de lo que usted, seguramente, imagina...

—Nos acercamos al APRA primigenia, al APRA popular de clase media antiimperialista...

—Al APRA tantas veces y tan duramente combatida...

—Combatida y con razón, porque el APRA luego de la post guerra se desdibujó con su famosa tesis ambivalente del imperialismo bueno y malo... el APRA posteriormente traicionó sus propios principios...

—Si como usted dice existen un conjunto de partidos—que sumados son mayoría en la IU— que son partidarios de tesis como las que bosqueja ¿qué impide su concreción? ¿Cuánto de culpa tienen las propias organizaciones, cuánto de culpa la UDP, por ejemplo?

—Su pregunta es más bien moral, no creo que existe culpa...

—Digamos entonces responsabilidad...

—Responsabilidad existe cuando se es consciente de algo y no se hace; en la izquierda esto no sucede, transitamos un proceso y hacia ello vamos. Sin embargo, creo que sí tenemos responsabilidad y ella radica en nuestra todavía timidez en la elaboración de cosas nuevas y distintas. Por ejemplo, en lo que respecta a la teoría de la organización del partido...

—El famoso dilema de partido de cuadros o partido de masas.

—Efectivamente, sin embargo, quiero decirle que desde que Vanguardia se funda las masas se encuentran siempre presentes en sus componentes aunque no ligadas a la actividad del partido pues todavía manteníamos la vieja concepción del partido como algo exterior a la clase y así, una organización de intelectuales que adoptaba un programa, una disciplina, una estrategia y una forma de organización, pretendía llevar todo esto a la clase obrera; “la teoría de los cordones ambilicales” que unían al partido con las masas. En la década

del 70 comenzamos a repensar estas tesis y surge entonces la teoría de que el partido es la cabeza del movimiento y por lo tanto no sólo debe estar unido al movimiento sino surgir de él: los productores, obreros, campesinos y semiproletarios no sólo deben tener un lugar en el partido sino deben participar en la toma de decisiones.

—Pero eso es imposible en los actuales pequeños partidos de cuadros de la izquierda...

—Sí pero el problema también es complejo pues ¿qué estructura partidaria permite eso? Porque si bien es cierto que en una democracia sólidamente constituida los partidos pueden abrirse a una militancia muy vasta, también es cierto que nosotros vivimos en el Perú una democracia tan inestable que debemos pensar en una estructura que permita que las masas se organicen abiertamente y que, al mismo tiempo, la estructura pueda afrontar momentos críticos. Y ese, es un problema que entrapa...

—Que entrapa a la UDP. A propósito, mucha gente se pregunta al ver a los partidos integrantes ir cada uno por su lado, si la UDP todavía existe. ¿Usted qué opina?

—La UDP no existe más. La UDP como el frente que se constituyó en diciembre de 1977, que actuó en los procesos electorales y en la conducción de muchas luchas obreras y populares, no existe más. La UDP es, en este momento, un proyecto al que hay que dar contenido. La simpatía que despertó la UDP, el proyecto nuevo y audaz que congregó voluntades en el movimiento obrero y campesino, y en la intelectualidad, creo que en la actualidad debe ser el terreno que permita que las otras fuerzas políticas de las que hablaba puedan convertirla en un verdadero partido revolucionario de masas, y en esa dirección, afortunadamente, avanzamos tanto en Vanguardia como en algunos sectores del MIR...

—¿Qué sectores del MIR?

—Aquellos que aceptan la necesidad de incorporar a la vanguardia obrera y campesina a la vida del partido y que, creo, son la mayoría del MIR.

—¿Mayoría que se ha ido o se ha quedado con Carlos Tapia?

—Aparentemente se ha quedado pues quienes se fueron son los que enarbolaban la concepción del partido de cuadros político-militares y defendían la existencia de un frente de masas en donde sus integrantes no juegan, en la práctica, ningún papel pues todo lo decide el partido.

—¿Cuánto ha afectado Sendero Luminoso y sus acciones a la izquierda, a la UDP?

—Creo que, por el contrario, nos ha ayudado a clarificarnos, a que seamos conscientes de que nos encontrábamos en un pantano del cual había que salir con una estrategia clara. Por otro lado, SL pone de relieve que este país no aguanta más y que existen sectores que se in-

clinan por la violencia así como otros transitan el camino del achoramiento o cholificación...

—¿Su posición frente a Sendero Luminoso es de rechazo total o es aquella que oculta una secreta simpatía?

—Yo tengo una posición muy clara al respecto. Rechazo las acciones de Sendero no porque les falte apoyo popular ni por discrepancias en la táctica sino por razones de propuestas. Durante todos estos años, los trabajadores, obreros y campesinos han conquistado un conjunto de derechos y reivindicaciones; ellos en sus grandes acciones han ido poco a poco convirtiéndose en los actores principales de nuestra historia y ellos son los que permiten la vuelta de la democracia y ante esto ¿qué hace Sendero? Mina y quiere hacer volar lo avanzado, no continúa el camino que se ha trazado el mismo movimiento popular.

—En algunas zonas, no obstante, Sendero Luminoso da cuenta de tener un cierto apoyo popular.

—Ellos se apoyan en un descontento del movimiento popular pero no tienen como actor a ese movimiento, al que sacan de la escena y lo sitúan como un espectador más de la crisis política del país...

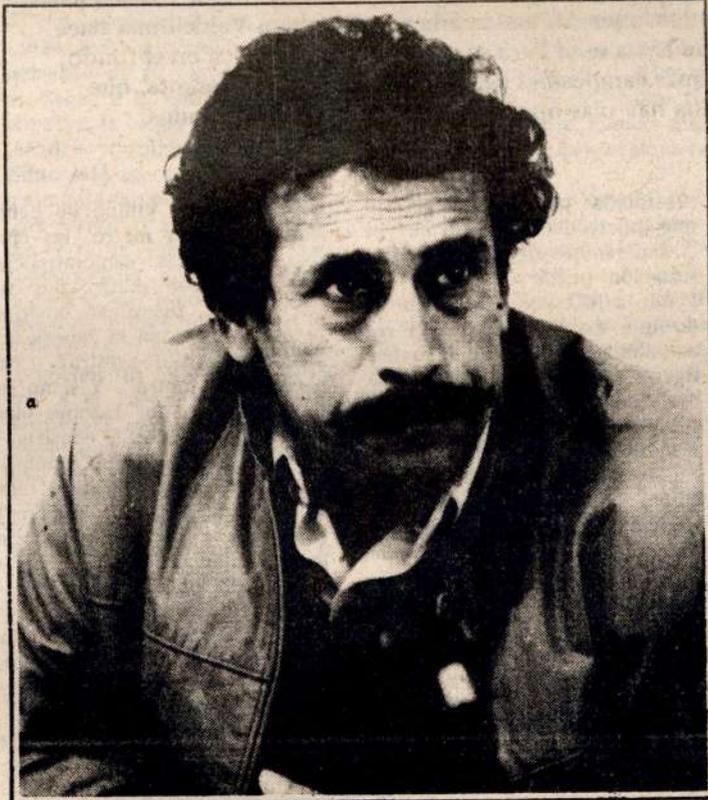
—Un espectador atemorizado...

—Exactamente, y la forma como tuvo que suspenderse la huelga de construcción civil, realizada este año, es la mejor prueba de cómo los trabajadores se ven obligados a retroceder, a renunciar en sus demandas por culpa de Sendero. Y reciben migajas una vez declarado el "estado de emergencia". Lejos de hacer avanzar al movimiento popular lo hace retroceder. Eso en el corto plazo.

—¿Y en el largo plazo?

—Como quiera que Sendero Luminoso no tiene al movi-

Murrugarra: "La UDP es, en este momento, un proyecto al que hay que dar contenido".



Beatriz Suárez

Canción del deportado

Juan Gargurevich



Hace exactamente siete años Humberto Damonte, Carlos Malpica, Virgilio Roel y yo, sorbíamos lentamente un café con leche en el famoso Café de Suárez en la porteñísima esquina de Esmeralda y Lavalle, cuando un mozo igualito a Sandrini nos avisó que en el Perú había pasado "algo grande, muy grande".

Saltamos como resortes y corrimos a Prensa Latina, pasando antes por el diario "La Nación" —en Florida— y efectivamente: había sucedido lo inesperado. ¡El general Velasco Alvarado había sido derrocado! Asombroso, por lo menos para nosotros, deportados desde hacía un mes y sin conocimiento de la temperatura de la política criolla. Quizá hubo en Lima ruido de sables; a nosotros nos cayó como un cañonazo.

Nos abrazamos con entusiasmo pues esto podría significar y de hecho lo fue, el fin de nuestro corto pero no menos doloroso destierro.

Hacía pocas semanas que estábamos en Buenos Aires, ciudad perfecta entonces: hermosa y barata, muy barata, casi como en estos días. En cada tienda un grupo de señoras peruanas (reconocibles por gordas y alegosas) alborotaba comprando. El sol peruano era moneda dura y en cualquier esquina cambiaban billetes de a mil, de esos rojos antiguos.

El hotel, en pleno centro, era un regalo. Y la comida era tan barata que alguna vez reímos diciendo "Así ma parte de nuestro juego que éste es el amargo bife de chorizo del destierro..."

Pero lo interesante de todo esto era realmente interrogarnos sobre el porqué de nuestra deportación, de la amabilidad de la PIP (no uno solo tomó la metralleta para defenderlo. Uno solo.

Esto es pura especulación, por supuesto. Quizá los generales que ganaron las varias partidas de ajedrez que se jugaron entonces (Richter, Morales Bermúdez, Vanini, etc.) da independiente, sindicalismo, etc. Unos a México, otros a Panamá, nosotros a Argen-

tina. La revista "Marka" completa fue detenida y expulsada.

Podíamos imaginar la extrema susceptibilidad de Velasco Alvarado en cuanto a la prensa de oposición; pero la broma que habíamos gastado al "cuñadísimo" Gonzales no era para tanto y mucho menos aquello de "ofensa" a Chile que había servido para justificar la ridícula medida. En todo caso ¿por qué deportar a Villanueva, por ejemplo?

Evidentemente —pensamos ahora— se trataba de un plan de irritación a la oposición y en general a las personas decentes de este país; un juego de ajedrez usándonos malamente como piezas, urdido por un grupo de generales y en perfecta psicopatía política.

Parece que el general Velasco creyó sinceramente en una vasta conspiración (me lo confesó una vez un familiar muy cercano) y parece también que en la trampa cayeron generales como Tantaleán, Sala Orozco y otros. La primera jugada salió perfecta: expulsión de un grupo de personas cuya salida espectacular provocaría una explosión de malestar.

La segunda jugada fue mejor: permitir todo un proceso de protestas por la expulsión que sensibilizaría a la opinión pública y sin que se utilizara los medios represivos que algunos generales manejaban a la perfección. La tercera jugada (estamos simplificando, claro) fue el golpe (aunque esta movida no for- vez reímos diciendo "Así ma parte de nuestro juego que éste es el amargo bife de chorizo del destierro..." y la reacción popular, política, fue mínima, nada. Nadie se levantó para protestar por la caída velasquista, salvo sus amigos. Y uno solo tomó la metralleta para defenderlo. Uno solo.

Esto es pura especulación, por supuesto. Quizá los generales que ganaron las varias partidas de ajedrez que se jugaron entonces (Richter, Morales Bermúdez, Vanini, etc.) da independiente, sindicalismo, etc. Unos a México, otros a Panamá, nosotros a Argen-



Beatriz Suárez



La diferencia clave entre Lima y el resto del Perú, es el anonimato que experimenta en la capital el

ciudadano; venga de donde fuere, este hombre o esta mujer no nacido o no nacida en Lima, pero que decide afincarse en la capital, se desplaza de una sociedad personal a una impersonal y anónima; cierto es que este tránsito no se hace sin etapas, pero a la larga o a la corta, el provinciano experimenta una sensación de soledad y abandono, de crispación y soledad o de soledad pura. Al comienzo son los parientes y conocidos del pueblo, las fiestas de la comunidad, los clubes provinciales y departamentales, los que dan una idea de cordón umbilical con el terruño, pero después la feroz competencia por la sobrevivencia, en casi todos los casos lo va alejando de estos nuevos seres queridos que sustituyen a los distantes, y cada vez el individuo se va quedando solo, hasta que al final se considera —y es considerado también—, uno más de la masa que se desplaza por las calles.

Una verdad elemental, la existencia de clases sociales, tiene una complejidad monstruosa en una ciudad como Lima. Es tan enredada la situación que todo estudio se queda corto. En la gran pirámide social, los provincianos migrantes —la mayoría de la población limeña— están en la base y sufren más directamente que otros la inicu-

Vivir en Lima

Marco Martos

Vivir en Lima es una de las experiencias más extrañas y alucinantes que puede acontecerle a un peruano. De los dieciocho millones de personas que ocupan un millón de kilómetros cuadrados, por lo menos cinco han optado por vivir en la capital, tal vez con la ingenua creencia, enunciada por Abraham Valdelomar hace más de sesenta años, de que Lima es el Perú, o aquella otra, parecida en el fondo, que produjo las migraciones campesinas de los años cincuenta y sesenta, que sostiene que en Lima hay más oportunidades para los desdichados.

explotación del sistema. En ejercicio de su libertad vino a vivir a Lima, pero vivir muriendo en Lima o más secamente “morir en Lima”, son frases de la misma jaez.

RECORRIENDO LA CIUDAD

Es fácil decir con verdad que los gobernantes que ha tenido el Perú en los últimos cuarenta años son los responsables directa o indirectamente del crecimiento inhumano de la ciudad; con sus torpes políticas generales (para no usar las frases izquierdistas de rigor) no han creado suficientes polos de desarrollo en el resto del país, y han provocado por consiguiente un masivo traslado del campo a la ciudad, con el agravante de que la ciudad sigue siendo

subsidiada por el campo, lo que quiere decir que no hay ni el más remoto signo de que esta situación pueda cambiar. Pero, yendo a lo específico, y sabiendo que no es posible con las actuales políticas, detener o morderger siquiera el crecimiento de la ciudad, por lo menos puede hacerse algo por hacerla más habitable y humana.

Como se ha dicho muchas veces, uno de los problemas claves de Lima es el transporte. Por el cómodo expediente de soplar la pluma, toda persona que tiene un cargo de importancia en el Perú, sea el presidente de la República o el alcalde de Lima o el ministro de Transportes, cada que se toca el tema, se dice que en Lima no es necesario el metro. Pero quien conozca un poquitito del asunto sabe que toda ciudad

de más de un millón de habitantes necesita metro; las ciudades de esas características que no tienen metro, pugnan por tenerlo, planifican tenerlo, pero no esconden la cabeza diciendo al estilo avestruz, “no necesitamos metro”. Y si no se puede metro, por razones que tienen que ver con la consistencia del suelo limeño (aunque esto huele a otra mentira más so capa de opinión científica) pues habría que emprender de modo inmediato la construcción de un metro de superficie, pasando por encima de los intereses particulares y subrayando sólo los de la colectividad, que son los que primordialmente deben importar.

De lo dicho hasta aquí se desprende que es un sordo clamor colectivo la construcción del metro. Entretanto observe-

mos cómo se desplazan los limeños y los provincianos-limeños. Una historia muchas veces contada es la de los micros. Como promedio un ciudadano adulto pasa unas tres horas y media diarias en esas pequeñas hornacinas de promiscuidad. Con excepción de El Cairo, no existe ciudad en el mundo como Lima donde el espacio privado al que tiene derecho toda persona, sea violado tan impune y agresivamente. A la voz de “¡al fondo hay sitio!” los milagrosos cobradores tratan como a rebaño enemigo a los pasajeros. De cuando en cuando hay un rebelde que protesta en defensa de sus derechos en medio de la indiferencia general de los pasajeros, zombies con exceso de trabajo, cayéndose de sueño o de enfermedad.

Fue un error permitir la circulación de los micros, cosa que sucedió casi al mismo tiempo que la desaparición de los tranvías hacia 1965. (Los micros empezaron un poco antes, el 63). Se creyó ingenuamente que como eran más chicos, era más fácil maniobrarlos en medio del vertiginoso tránsito de la ciudad. De nada valen las órdenes municipales, o la operación “pasajero” de la Guardia Civil. Los microbuseros imponen la ley de la selva en la ciudad. Por cierto que el problema se ve agravado por la explotación dentro del propio gremio. Esas mortales carreras entre micros tienen que ver con la

necesidad de los choferes "palanca" de poder pagar el alquiler del vehículo.

Con el cuento de dejar libertad a la iniciativa privada, las líneas de microbuses son un caos, se superponen unas a otras; mediante quién sabe qué mecanismos dolosos y/o descuido de las autoridades, van consiguiendo ampliar interminablemente sus rutas, como ocurre por ejemplo con la famosa línea de "Los Venegas", que iba de Plaza Unión a Los Próceres... pasando por el Mercado Mayorista, y que ahora extiende su ruta hasta Villa María.

Dentro del pésimo transporte de la ciudad lo menos malo es, sin duda, el que proporciona la Empresa Nacional de Transporte Urbano, los Büssing (aunque ya hay muy pocos), los Ikarus, los Volvo, amarillos y famosos, con su chofer cobrador, generalmente de buenos modales. ¡Eso se agradece en una ciudad tan dura! Desde que apareció ENATRU sirvió bien a los ciudadanos. Con gran beneplácito se recibió la noticia hace algún tiempo de que extendía sus servicios hasta la una de la mañana. Ver para creer; esa es una media verdad, los omnibus amarillos, verdad que circulan hasta esa hora, pero tan espaciados, que el pasajero puede desfallecer esperándolos.

¿QUE HACER?

La primera cuestión es considerar el transporte como una obligación social del Estado. No se trata de arreglar situaciones entre partes, por ejemplo transportistas y usuarios, sino ver esto como una necesidad pública de primera magnitud. No se trata tampoco de quitarle trabajo a nadie, sino de ir aumentando la presencia del Estado en una necesidad colectiva. Tampoco se quiere subsidiar el transporte, sino de humanizarlo en su cotidianeidad, sin que haya en cada vehículo un pasajero más de los recomendados, pero garantizando la suficiente cantidad de omnibus como para que nadie se quede varado. No solamente no es difícil sino que daría ganancias al Estado, como para ir aumentando interminablemente la flota de vehículos. El otro asunto es empezar a planear el metro para cubrir todas las rutas de la ciudad. El alcalde Orrego ha anunciado que se va a construir un tren periférico. ¡Enhorabuena! Pero ¿cuándo lo veremos?; y después ¿qué?; ¿pasarán otros veinte años? Como han pasado veinte años o casi, desde el zanjón de Bedoya que fue tan duramente combatido y que bien nos sirve a todos. La ciudad exige que se le atienda sin pausas y con prisas.

A esta altura nos viene a las mientes la historia de Harún Al-Rachid (768-808), califa de Bagdad que aparece citado con frecuencia en *Las mil noches y una noche* y que solía pasear de incógnito por su ciudad con el declarado propósito de conocer las necesidades ciudadanas sin el formalismo de ser reconocido como autoridad. La

historia viene a cuento por aquello de "ojos que no ven, corazón que no siente" y que pasamos a explicar. No existe ninguna persona que tenga que ver con los problemas de transporte de Lima que los sufra directamente, a veces ni de oídas. (Corregimos: con excepción de Francisco Belaúnde, quien siendo ya diputado elegido pero todavía no actuante, fue visto varias veces en la 59-A). El hecho tiene una gravedad muy grande porque ¿cómo van a arreglar un problema que no sienten! ¿Alguien ha visto al ministro Chaves Belaúnde en un micro? ¿En qué viaja el alcalde Orrego? Y no se trata de tiendas políticas; el senador Bernaldes ¿cómo se desplaza? ¿Y el senador Murrugarra? etc, etc. Tal vez parezca descabellado, pero si alguno de estos padres de la patria, o ministros o alcaldes viajaran por un mes seguido, no en su propio automóvil, el automóvil del Estado, o los taxis, sino en el micro de la esquina, a las horas punta, tal vez algo podría cambiar, porque se sentiría directamente afectado. La cuestión vale también para Francisco Belaúnde: una cuestión es viajar en la 59-A más o menos cómodo, y una muy diversa meterse en un Atocongo-Lima a las siete de la mañana. ¡Mezclarse con el pueblo es siempre una saludable costumbre!

LAS CASAS DORMITORIO Y LOS HOSTALES CASAS

Con excepción de los tenderos y los artesanos por un lado, o los profesionales sedentarios, son muy pocas las personas que en Lima ejecutan sus trabajos en sus domicilios o en las cercanías. Lo más frecuente es que el hombre y la mujer tengan que desplazarse de un extremo a otro de la ciudad y que pasen, como hemos dicho, muchas horas fuera de su casa, y de esas muchas, algunas dentro de un micro, lo que contribuye a su despersonalización y también a su alejamiento de su familia nuclear, es decir a la conformada por el padre, la madre y los hijos; los sábados y domingos este individuo está tan cansado que normalmente tampoco tiene fuerzas para visitar o establecer los lazos con la familia patriarcal: abuelos, tíos, primos, sobrinos, parientes en general. El hombre o la mujer, pues, salen en la mañana y no regresan hasta la noche; los hijos están en Lirra, a la deriva. Mientras más despiadada es la lucha por conseguir un pan, más sobretiempos y "cachuelos" hace el progenitor o la progenitora, más débiles se van volviendo los lazos con sus hijos, y sucede a menudo que cuando el muchacho crece y tiene problemas de conducta, el padre o la madre se preguntan culposos ¿qué he hecho yo? o ¿qué he dejado de hacer? Ha dejado de hacer algo que está más allá de su propia voluntad. No lo ha visto día a día, durante años de años. Hay casos donde los chicos ven a los padres sólo dormidos.

A esta situación es a la que Aníbal Quijano llama "las casas-dormitorio". Las casas de la mayor parte de los habitantes de Lima, sobre todo los que viven fuera del casco urbano, son eso precisamente, un lugar para caer dormidos cada día, y ya no un sitio donde cada animal "lame sus heridas" como sostiene Pablo Macera. Las casas-dormitorio privilegian ese espacio como antaño era privilegiada la sala para las visitas, o la cocina para agruparse alrededor del fogón, o el comedor para agruparse alrededor de la comida. Ahora, en casi todos los estratos sociales, el lugar más importante es el dormitorio, y las casas se han convertido en eso, en lugares para dormir. Y mientras dormimos, el mundo se derrumba a nuestro alrededor. Y esa defensa del espacio conseguido es la principal razón de ser de los millones de habitantes de Lima.

Pero Lima, aunque no está habitada solamente por provincianos, se puede decir que en los últimos cuarenta años se ha provincianizado en todos sus aspectos, incluso en los más difíciles de percibir como el lenguaje; los lingüistas han observado que se ha modificado la sintaxis limeña, y cualquier oído medianamente entrenado puede darse cuenta de que el habla se ha ido haciendo más pausada. Del mismo modo, los viejos limeños de estratos populares y sus hijos, se han desplazado dentro de la ciudad, se han cambiado de barrio, han sido también arrinconados por la vorágine capitalista. Pero cada quien se mueve por sus rutas preferidas, va de su casa-dormitorio a su trabajo, y sólo conoce aquello que necesita conocer. Pero en general los limeños de cuño antiguo se resisten a aceptar el crecimiento de la ciudad y para sí tienen límites arbitrarios que su imaginación dispone: Lima termina en la Panamericana Sur, lo que está más allá es otra cosa, Lima termina en la avenida Cuba; para mí Lima comienza en Chorrillos y termina en el Rímac, lo demás son las provincias en Lima... opiniones mucho más frecuentes de lo que cualquiera pudiera creer.

La teoría de las "casas-dormitorio" de Quijano, que no necesita mayor comprobación, tiene una variante, todavía no sabemos si ligera o grande, en la teoría del "hostal-casa" que es de una socióloga limeña que por "no haberla trabajado suficientemente" nos pide que todavía guardemos su nombre. Dice la socióloga que en la pequeña burguesía, el hogar se ha convertido en un hostal, es decir en un hotel de cierta categoría, donde los esposos salen en la mañana, tienen o no tienen encuentros ocasionales en los pasillos, a veces, en pocas veces, conversan en la mesa a la hora del desayuno, intercambian frases corteses fingiendo intereses comunes y cada quien hace su vida como puede, con absoluta independencia, salvo la económica: hay que pagar el hostal. Según la socióloga, los hogares,

convertidos en hostales son muy frágiles y pueden romperse en cualquier momento; por eso la ola de divorcios y separaciones que asola Lima en los últimos años, por eso tanto niño problema de la pequeña burguesía. Pero vivir en un hostal tiene sus comodidades: hay algunas cosas que están resueltas; mucha gente que se lleva mal sigue viviendo junta, como san José y la Virgen María. Preguntada la socióloga si hablaba

en nombre del feminismo, contestó: "¡Dios me libre! Mis observaciones son objetivas".

El espacio nos ha ido ganando y se quedan muchos temas en el tintero, éste entre otros, apenas esbozado. Pero terminamos enunciando algunos asuntos para desarrollarlos después: ¿dónde comen y qué comen los limeños?, ¿dónde orinan?, ¿dónde se divierten?, ¿se divierten acaso?

Poesía búlgara

HABLA NATAL

A Iván Shishmanov

*Te amo, lenguaje búlgaro,
dulce sonido, el más querido entre los sonidos
ya arpa melodiosa, ya espada
en los brazos del artista maestro.*

*Te amo, natal idioma,
ya dócil, ya duro como piedra,
diamantino, viva expresión y grito
del pensamiento, del ensueño, del fogoso
espíritu,*

*idioma para el canto y la contienda,
idioma, generosa herramienta,
de tu dulzura estoy ebrio:
¡cómo fluyes, resuenas libremente!*

*¡Cómo cautiva tu armonía
el oído, oh, habla poderosa, grácil,
en los cantos de nuestras mujeres,
en el alado verso del poeta!*

Iván Vasov (1850-1921)

LLUVIA

*Alguien lanza escandalosamente puñados de
granos de trigo a los tejados;
gallos hambrientos se precipitan sobre ellos
y delirantes picotean.
En los aleros torcidos y musgosos, en los
oscuros patios,
fustiga con estrépito y esparcida en la sombra
repercute la lluvia.*

*Caen los pesados granos y de ellos germinan
largas espigas
desde la tierra justo hasta el alto cielo gris.
Y crecen entre éstos como diabólicos hongos
perniciosos
inacabables paraguas negros sobre charcos
de agua sucia.*

*Toda la noche tamborilea demente la diversa
lluvia en los aleros.
Toda la noche picotean los maliciosos gallos
insaciables.
Y helo de nuevo el sol en la mañana ante
nuestras puertas
como un enorme mirasol amarillo de ganso
picoteados.*

Atanas Dalchev (1904)

"Recuerde usted que una vez le dije que tenía un estante de libros "titánicos" (es decir, caracterizados por la grandeza del espíritu, "sublimes"), y que entre ellos estaban Los hermanos Karamázov, Así hablaba Zaratustra y Moby Dick". (T.E. Lawrence a Edward Garnett).

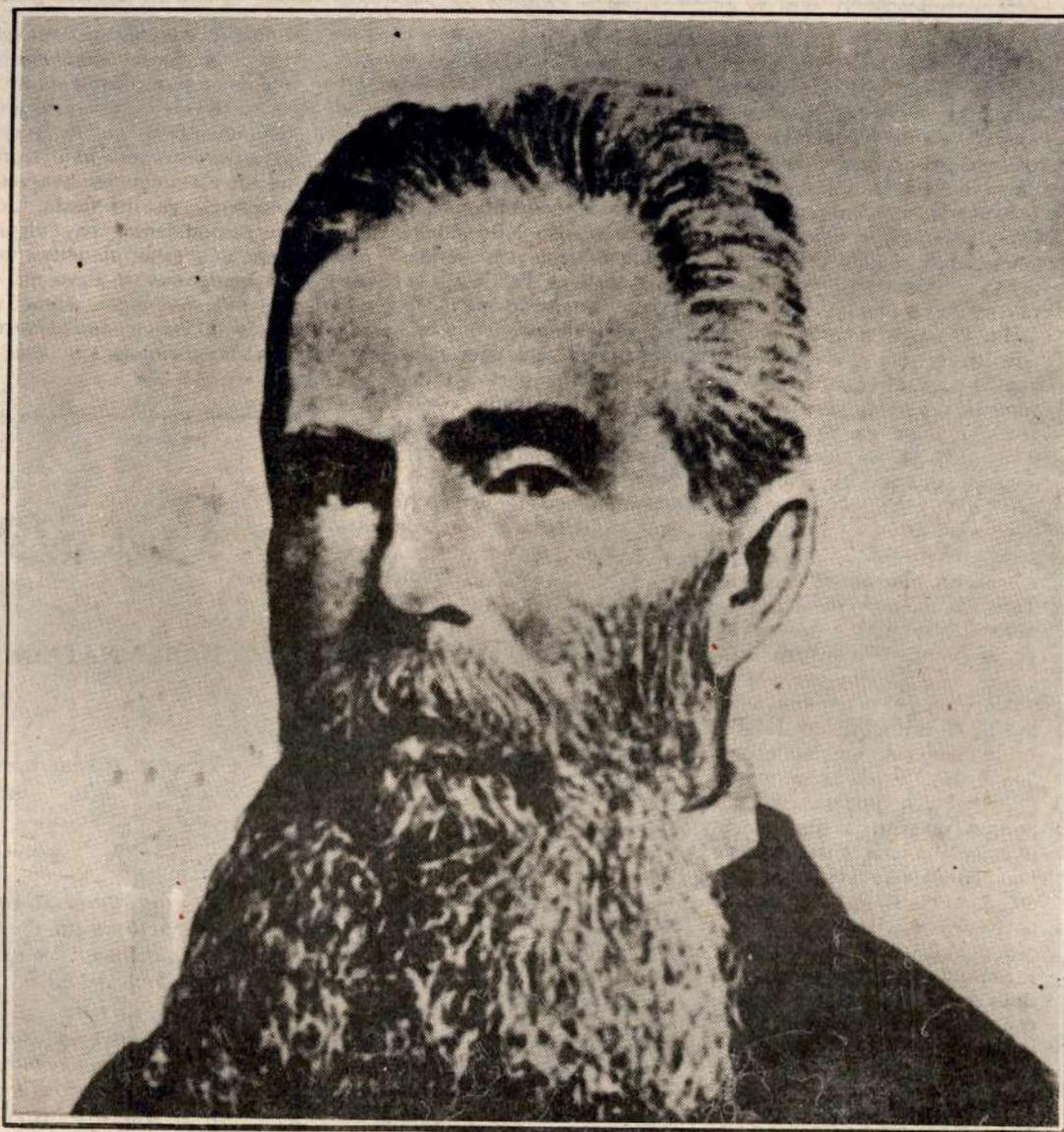
¿Quién era Herman Melville y qué hay en sus obras que las sometió a esas sorprendentes vicisitudes de la fama? ¿Cómo pudo suceder que el hombre que había escrito *Moby Dick*, la única novela de América del Norte de aliento verdaderamente épico, viviese diez años presa del entusiasmo de la actividad creadora, pasase luego al olvido y casi a la oscuridad total, muriese virtualmente olvidado, permaneciese casi desconocido en su propio país durante otro cuarto de siglo y, no obstante, figure entre los cinco o seis genios más grandes de la historia del arte americano?

Melville nació en 1819 en la ciudad de Nueva York. Descendía de una familia colonial mitad yanqui y mitad holandesa. Herman era el tercero de los hijos y el segundo de los varones en una familia de once niños. Su padre, Allan Melville, era un importador de mercaderías francesas que, tras algunos años de buen éxito en los negocios, se encontró con que su empresa fracasaba y había perdido su dinero, y se retiró, remontando el río Hudson, a la ciudad de Albany, donde falleció, con la mente trastornada por el trabajo y la angustia, en 1830, cuando Herman tenía once años de edad. La quiebra de su padre acarrió a la familia una posición de deshonra y de humillación sociales que era siempre aguda en el próspero mundo comercial de comienzos del siglo XIX.

"MI HARVARD Y MI YALE FUERON LOS BARCOS BALLENEROS"

Herman nunca fue a un colegio ni a una universidad. A la edad de quince años trabajó como empleado en el negocio de Albany establecido por su familia en su esfuerzo por recuperar su fortuna, y tres años después, a la edad de dieciocho años, se embarcó como marinero en un barco mercante que salía para Liverpool. Entonces conoció el mar por primera vez, se instruyó en la ruda vida de a bordo, y exploró el elemento que se iba a convertir en el tema principal de su obra imaginativa diez años más tarde.

Era un momento propicio para semejantes aventuras. Los Estados Unidos iniciaban precisamente entonces su periodo más grande de comercio marítimo. Era la época de los *clippers*, la gran época de la industria ballenera, cuyos barcos zarpaban de los puertos de Nueva Inglaterra a cazar la ballena en el Atlántico Norte y Sur, y alrededor del Cabo de Hornos



Herman Melville.

Melville, Moby Dick y la epopeya de los mares

Morton Dauwen

Herman Melville, el genial autor de *Moby Dick*, es más conocido hoy que cuando vivió. Se trata de un fenómeno que podemos encontrarlo con cierta frecuencia en la historia de la literatura universal. De hecho, a Melville no se le comenzó a tener en cuenta hasta 1919, fecha en que fue conmemorado el centenario de su nacimiento. Una de sus obras fundamentales, *Billy Budd*, no se publicó hasta 1924. No obstante, cuando de verdad se descubrió a este sorprendente escritor norteamericano fue al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Tanto las biografías de Melville como los análisis de su obra se multiplicaron entonces con significativa prodigalidad.

hasta las inmensas aguas del Pacífico. Los *clippers* eran los mejores barcos que había conocido el mundo hasta entonces: livianos, lisos, magníficamente fuertes y de bella forma, se deslizaban por los océanos a velocidades que no han sido superadas hasta el advenimiento de los vapores más poderosos del siglo XX. "El *clíper*—dice un historiador— era la realización

estética suprema de la época y el país, mucho mejor que la arquitectura o la pintura corrientes; y, a diferencia del carromato cubierto, los barcos regresaban. A bordo y en el puerto se mezclaban la belleza y la brutalidad de la vida, la fuerza, la arrogancia, la crueldad y la habilidad para manejar el látigo, la fanfarronada, la pequeña bajeza, la codicia,

la concupiscencia, la violenta actividad durante una tormenta en contraste con los momentos de apatía suave y profunda, la inmensidad de las noches serenas bajo las estrellas, y la alta presión producida por extrañas mujeres públicas, fragantes con perfumes, en las casitas con que uno puede tropezar en los mercados de Colombo o Canton. Compárese todo

eso con la vida mesurada y exigente de Nueva York o Baltimore, una vida respetable, sensata y en el fondo trivial y sordida. ¡Qué alturas y que profundidades! Quien pasaba por ellas sabía demasiado bien que ningún pobre podía ser feliz".

UNA AVENTURA ESPIRITUAL

Al regresar de estos viajes por los mares del mundo, en un breve periodo de cuatro años, en un extraordinario rapto de inspiración, Melville escribiría cinco libros notables: relatos novelescos, de aventuras, alegóricos y filosóficos derivados de las exploraciones que había realizado su espíritu no menos que su cuerpo en tierras extrañas, mares extraños y los países todavía más extraños de su mente. El primero de ellos se llamaba *Typee*; el segundo, *Omoo*; el tercero, *Mardi*, y luego aparecieron *La marca roja* y *La chaqueta blanca*, todos ellos entre 1846 y 1850. Fueron acogidos con elogios desusados por la crítica y el público tanto de los Estados Unidos como de Inglaterra. Pero produjeron a Melville demasiado poco dinero para el mantenimiento suyo y de su esposa, Elizabeth Shaw. En 1851 le escribía a Hawthorne, otro grande de la literatura universal: "Las circunstancias... me arrastran de un lado a otro. La calma, la serenidad, el estado de ánimo propicio que necesita un hombre para componer, raras veces los podré conseguir, según me temo. Los dólares me condenan; y el Demonio maligno está siempre haciéndome muecas, manteniendo la puerta entreabierta... Al final me gastaré y pereceré, como un viejo rayador de nueces... Lo que me siento más inclinado a escribir está prohibido, no produce beneficios. No obstante, en general, no puedo escribir de otro modo... Aunque escribiera en este siglo los Evangelios, moriría en el arroyo de la calle".

En el invierno de 1850-1851, se consagró a una nueva tarea literaria la mayor y más ambiciosa que había intentado hasta entonces. Se titulaba *Moby Dick*.

UN LIBRO EXTRAÑO Y APASIONADO

Es como si todo el mundo se sintiera íntimamente asociado en la aventura del capitán Ahab.

John Huston

Moby Dick es un libro extenso, extraño, espectacular y, no obstante, enteramente personal y apasionado. Relata el viaje de un buque ballenero llamado *Pequod* y de la titánica caza que ese buque realiza, bajo la dirección de su patrón, el capitán Ahab, de una ballena blanca gigantesca, llamada en las viejas leyendas marineras *Moby Dick*. Se trata de una ballena de tamaño monstruoso y gigantesco y de una

blancura sobrenatural que nada en la inmensidad del Océano Pacífico y lleva la muerte y la destrucción a los barcos, los pescadores de ballenas y los capitanes de buques. Ni la literatura norteamericana ni ninguna otra había contado antes con una obra de esta clase. Era un poema épico, no de la tierra, los bosques y las praderas sino de los océanos del mundo, un elemento más amplio aún que los espacios no conquistados del continente americano.

Moby Dick es una de las obras más audaces y originales de la literatura universal. Es un libro cuya historia, junto con la fama del propio Melville, pasó por algunas de las vicisitudes más extrañas de la historia de la literatura. Seis años después de haberlo publicado escribió y publicó Melville, en 1857, su última obra novelesca. Tenía entonces sólo treinta y ocho años de edad. Su carrera en la literatura novelesca había terminado en un fiasco. Había fracasado como autor. Ya no podía mantenerse a sí mismo y a su familia con sus escritos. Hizo su último viaje a Europa, llegando hasta Italia y la Tierra Santa, en el invierno de 1856-57. En 1860 navegó con su hermano y capitán de buque Thomas en el clíper *Meteor* alrededor de América del Sur y el Cabo de Hornos hasta San Francisco, y regresó por el istmo de Panamá. Trató de conseguir un nombramiento consular durante la presidencia de Abraham Lincoln, pero también fracasó. En 1866 fue nombrado inspector de derechos de aduana en la ciudad de Nueva York, se alojó con su esposa y sus hijos en una casa de la East 26th Street, y el hombre que había arrojado los riesgos del Atlántico y el Pacífico y derramado su ingenio en los libros rápidamente escritos, pasó a la oscuridad y a la indiferencia pública, yendo día tras día y año tras año de su casa a la oficina en la Gansevoort Street como un hombre olvidado. Sus obras dejaron de imprimirse en América, si bien en Inglaterra nunca las olvidaron. No se le mencionaba en las revistas literarias. Escribió casi en secreto, gran cantidad de poesías, pero los cuatro tomos en que se publicaron llamaron muy poco la atención.

En 1885 un crítico inglés hizo una visita a los Estados Unidos y escribió a Londres: "He buscado en todas partes a ese Tritón que vive todavía en alguna parte de Nueva York. Nadie parecía saber nada del único gran escritor comparable a Whitman en este continente". En 1886, a la edad de sesentisiete años, la esposa de Melville entró en posesión de una herencia familiar y el escritor dejó su puesto en la aduana. Tres años después falleció como un ciudadano oscuro y de edad madura en su casa de la East 26th Street. El *Times* de Nueva York no dio la noticia de su muerte, pero pocos días después anunció: "Ha fallecido y ha sido enterrado

en esta ciudad durante la semana corriente, a una edad avanzada, un hombre tan poco conocido, ni siquiera de nombre, por la generación que está ahora en el vigor de la vida, que solamente un diario publicó su necrología, y ésta no tenía más que tres o cuatro líneas".

¿DONDE ENCONTRAR LA GENESIS DEL MAL?

El pensamiento y el sentimiento de Melville habían sido al principio románticos e idea-

listas en sus inclinaciones. En la juventud su temperamento era vigoroso y entusiasta. Se había entusiasmado con las esperanzas de felicidad humana y libertad natural. Al llegar a la edad viril había huido de la vida de hogar y trabajo apegado a la tierra y realizado sus primeros viajes marítimos, y en las islas del Mar del Sur y del Pacífico sus emociones se habían ajustado plenamente a la belleza tropical y a la rica animalidad de los salvajes en su paraíso isleño. Pero Melville estaba destinado a perder su ro-

manticismo juvenil, sus entusiasmos excitables, sus esperanzas de libertad en la naturaleza, y su incipiente fe. A los veinticinco años de edad, más o menos, poco tiempo después de haber comenzado a escribir febrilmente sus obras, sufrió una profunda crisis de temperamento. Cruzó la "línea de sombra". Se encontró perturbado y desgarrado por una guerra sombría entre sus facultades. Como tantos hombres de visión trágica antes que él, se encontró bruscamente con esa "escena del reconocimiento" en

la que, según Aristóteles, se halla el centro y la crisis de toda cordura trágica. Sus obras muestran su progreso en una concepción trágica del destino humano que puede compararse con la de otros autores del siglo XIX: Leopardi, Thomas Hardy, Hawthorne, Turguénev, Dostoievsky y Chéjov. Melville, a la edad de treinta años, cuando se puso a escribir *Moby Dick*, ingresó en el grupo de esos hombres que repetían el sombrío tema de *Edipo en Colona* en la tragedia más grandiosa de Sófocles: "Este hombre es desgraciado; no somos los únicos que nos quejamos. Lo mismo que una roca, en la costa norte, es asediada durante la tempestad por las olas que vienen a desplomarse sobre ella por doquier, los males horribles, encadenados uno a otro, vienen rodando sin tregua a herir al desgraciado Edipo".

¿Qué es la ballena blanca a la que los marinos llaman *Moby Dick*, esa poderosa señora de las inmensas profundidades del mar, esa fuerza insensata que nada en un elemento de la naturaleza inhumana e inconsciente? Melville escribió por medio de símbolos en todas sus obras, y sabía que escribía simbólicamente cuando redactó su obra maestra. La ballena blanca es para el capitán Ahab lo que nuestro destino para todos nosotros cuando nos inflige un daño o una derrota. Algunos de nosotros nos sometemos, otros ponemos nuestra confianza en la inteligencia que gobierna nuestro destino; pero los hombres como Ahab, como el mismo Melville, "no pueden creer ni tener fe en el descreimiento". Desafían el universo y exigen que se someta a su voluntad y revele su secreto. El universo ni siquiera sonríe. Ignora por completo a quién lo desafía. Un poeta moderno, T. S. Eliot, ha dicho al interpretar el mismo problema de Melville en la poesía moderna: "En cuanto somos humanos, lo que hacemos debe ser malo o bueno; en cuanto hacemos el bien o el mal, somos humanos; y, de una manera paradójica, es mejor hacer el mal que no hacer nada; por lo menos vivimos. Es cierto que la gloria del hombre consiste en su capacidad para salvarse. Es cierto también que la gloria del hombre consiste en su capacidad para condenarse. Lo peor que se puede decir de la mayoría de nuestros malhechores, desde los estadistas hasta los ladrones, es que no son lo bastante hombres para condenarse". Esta es la condenación a que se dedica el capitán Ahab. Ahab es nuestra propia naturaleza humana, atormentada y aguijoneada hasta la locura por el enigma de su destino. Nosotros lectores compartimos su apasionamiento, su odio y su maldad, y antes de que termine la aventura él y su obsesión se han convertido en una parte inolvidable de nuestra experiencia espiritual.



LIMA, LA CIUDAD MAS TRISTE QUE PUEDA CONTEMPLARSE

"Y no es únicamente el recuerdo de los terremotos que derribaron sus catedrales ni la impasibilidad del cielo sin lluvia ni la visión de aquel vasto campo de torres inclinadas, bóvedas hundidas y cruces imbricadas (como las vergas ladeadas de una flota de fragatas fondeada en el puerto), ni sus arrabales en donde los muros de las casas se apoyan unos con otros como castillos de naipes; no son todas estas cosas las que hacen de Lima la ciudad más triste que pueda contemplarse, sino que es por su velado tono blanco, aumentando la blancura el horror de su angustia. Tan vieja como Pizarro, la antigua Lima conserva nuevas ruinas comunes y muestra a lo largo de las decrepitas murallas la lividez de una muerte convulsiva".

De *Moby Dick*. Cap. XLII: La blancura de la ballena. Herman Melville.

Melville, nuestro contemporáneo

Julio C. Acerete



Como en los casos de Kafka, Musil o Henry James, la obra de Melville es la obra de un individualista, en el mejor sentido del término. Este individualismo de ciertos "espíritus nocturnos" adquirió precisamente una especial relevancia tras los horrores de la última contienda mundial. El signo materialista del siglo XIX había fijado la idea del hombre reflejándose a sí mismo en la figura del hombre colectivo, pero de pronto, el más terrible episodio histórico sufrido por la humanidad hasta la fecha, impuso la necesidad de asumir una evidencia: la de que el hombre colectivo es también un hombre individual. Melville fue una especie de profeta de esta certidumbre contra las corrientes imperantes de su época y contra el optimismo insípido y trascendentalista de los que entonces se vanagloriaban afirmando de que "el

hombre es bueno por naturaleza". Melville no estaba muy seguro de ello. Y nosotros, hoy participamos de su duda, sobre todo después de saber de los campos de exterminio nazi y la bomba atómica. Sin duda, Melville descubrió la quiebra de ciertos valores indiscutibles que aún imperaban en su tiempo, intuyendo a la vez ciertos aspectos relativistas de la mentira que tiene éxito. Uno de los principales temas en la obra de Melville es la desesperante ambigüedad del bien y del mal como "valores absolutos", problemática que hace de él, precisamente, un novelista filósofo, es decir, lo contrario de un escritor de tesis. Y es quizá por ello, también, y no por ninguna clase de azar, por lo que el autor de *Moby Dick* ha acabado convirtiéndose en uno de los más agudos detectores de la sensibilidad moderna.



Quien haya sentido la delicia infinita de la música puede realmente llegar a amar la película de Fellini-*Ensayo de orquesta*. El ambiente de la orquesta, los entebastidores tristemente humanos de la milagrosa producción de la música, el contacto con los músicos, el cariño por los instrumentos, la atormentada biografía secreta del reiterado ensayo de perfección musical, la misma ondulación de la musicalidad, el ritmo, el fraseo, el contrapunto, en fin, la gloria de la música han sido fotografiados. El amante de la música me entiende lo que quiero decir, estamos en un ambiente de lo sublime, como el campesino boquiabierto en el palacio de los príncipes. Y Fellini con este tema, ensayo de orquesta, construye, además, un universo de profundidad. Hay que ensayar, ahora, el sondeo y la explicitación de esa profundidad. Y hacerlo, con la duda de si la palabra sea como la sonda marina adecuada para explorar y recoger lo esencial del fondo, casi indecible.

CUANDO SOPLA EL ESPIRITU

Era una capilla antigua de acústica perfecta. La construcción garantizaba la audición limpia, sin eco, sin reverberaciones, el sonido puro, compacto, perfilado. La capilla, es decir, el hombre, la sociedad de los hombres, eran morada del espíritu. El lugar adecuado para ensayar la música, para ensayar el hombre, para ensayar la comunidad entre los hombres. Era el lugar para consumirse, es decir, el de la propia pequeñez, y para consumirse juntos, en el gran fuego. Sí, lugar de encendimiento, sí, lugar para ensayar el despliegue del alma en el Espíritu, o, si se quiere, para recibir el soplo del Espíritu que hace crecer y vivir al alma, esa delicada planta que brota en nuestro cuerpo. Y eso hasta lo vemos materialmente cuando en la capilla, silenciosa, cerrada y sin viento, ya dispuestas las partituras en sus atriles, aparentemente intocadas caen algunas al suelo: un soplo que viene desde antiguo, presencias invisibles, testimonios secretos de lo inmarcesible, están allí. El oratorio del siglo trece fue destinado siglos después como auditorio para conciertos, nuevas formas sacramentales y litúrgicas del templo de la oración convertido en el templo del arte musical. El Espíritu y la música son los amigos del alma, la antigua capilla era la casa de sus reuniones, de sus secretas confidencias, los tres amigos en armonía, en familia.

Los teólogos pensaron y escribieron, seguramente asombrados de la realidad humana, acerca de los tres enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne. El drama de la época contemporánea repite el viejo drama teológico bajo nue-

Federico Fellini

Mundo, demonio y carne*

Leopoldo Chiappo

vas formas. *Ensayo de orquesta* es encarnación real y símbolo de ese drama. El demonio es, en esencia, "diabolus", el que arroja la división, siembra la discordia, quiebra la armonía. La época actual es la época de la violencia que se introduce por todos lados y en todas partes y de diversos modos, desde la grosería hasta el genocidio. La antigua capilla era para hacer espacio a la armonía. Sobre ella se cierne un proceso de demolición. El concierto de instrumentos requiere la confluencia de voluntades unidas por el poder inspirado, sabio y carismático del director. Es el proceso y el resultado de la conjunción libre de individuos separados que se unen para hacer música. Es también reducto real pero esencialmente símbolo de la concordancia social y de la armonía de los contrastes, el juego de la vida. En el concierto los instrumentistas afirman lo mejor de sí mismos en su arte y en el color único del sonido de su instrumento, el timbre y su encanto propio; pero, a la vez, las partes se ordenan hacia la totalidad, con desapego. Es decir, afirmación de sí y desapego de cada miembro individual para construir juntos un todo social orgánico, vivo. Y a ello concurre la voluntad del conductor, quien también está al servicio de algo más grande que él mismo y que los instrumentistas y que la orquesta, la música. Se trata del símbolo de la sociedad humana posible o aún no deteriorada. Los garabatos que en los pentagramas pusiera el creador, la partitura, no son sino el documento de un plan de acción y para realizarlo, inspirados, concurren director e instrumentistas. Y así y sólo así ocurre la nueva transubstanciación del pan y del vino sonoros en cuerpo y sangre divinos. Es el símbolo de una posible organización social y política de los hombres, una sociedad con proyecto, en amor, para el engrandecimiento de lo humano del hombre (su divinización).

EL DEMONIO DE LA DIVISION

Y se introduce el demonio de la división. Y es bajo la forma de la burocratización del espíritu, del sindicato prepotente y corrupto, de la manipulación reivindicacionista y la proletarización resentida de los "trabajadores" de la música, bajo la forma de la desconfianza, de la riña y de la envidia

entre ellos y contra el director. En esta escisión conflictiva aparece la rajadura de la comunidad y de la autoridad. Son las tres virtudes teológicas las que se frustran: no hay fe, no hay esperanza, no hay amor. Es la contraposición de egoísmos y de soledades. Ha huido el espíritu y el alma de cada uno sucumbe en las peculiaridades grotescas y contrastadas de sus cuerpos y rostros, como en la vida de todos los días, la vida que ha cincelado, secreta e incesantemente, el rostro que tenemos. El violinista larguirucho, desmañado y cegatón, con sus paroxísticos tics faciales, el segundo violín, un neurótico cuyo rostro rígido y perplejo no logran ablandar inútiles ansiolíticos, la pianista, bella, deslumbrante y necia exhibiendo una espléndida sonrisa estereotipada, un viejo cellista, hueraño, hosco, huidizo, encovachado, la flautista extravagante en su esqueleto gimnástico, la patética arpista con su rostro infantiloides, pelianaranjada, gorda adenohipofisiaria, empaquetada en su vestido floreado fuera de moda, otro cellista, calvo pelucón con su inocultable calva sudorosa chorreando el tinte de unas mechas que apenas alcanzan a cubrirla, el adiposo trompetero homosexual, el estrafalando barbudo de la tuba chupando y abrazando voluptuosamente su instrumento, en fin, el clarinetista, el oboe, el trombón y los instrumentistas de percusión, todos principios del espíritu atrapados en la cruda facticidad de sus rostros y cuerpos macerados por las pasiones miserables de la vida y el azar de la biología. Es decir, hombres como todos nosotros. Sólo desde una óptica espiritual se puede ver lo grotesco y risible de los rostros humanos, pero, también, a veces, el resplandor de su nobleza, de su vieja estirpe, que les viene, sólo, del espíritu, que, en ciertos momentos, despierta al alma, frecuentemente dopada por la vida. Y hasta en el mismo director, descompuesto por la ira, el desencanto y la mordacidad, ha sucumbido el alma de su sensibilidad, de su musicalidad, de su fineza: es por la impotencia de conjurar la presencia del espíritu en un ambiente de grosería y hostilidad. Se piensa en el ave albatros de Baudelaire, tan airosa, tan bella y desplegada en el vuelo (el vuelo musical, el vuelo del alma) y tan desgarrada y desmañada, torpe y de alas arrastradas, en el suelo (en el suelo de la realidad hostil, misera-

ble). Y ésta es la condición de toda realidad humana desespiritualizada. Y hay un personaje más, invisible, muy contemporáneo: la televisión, el nuevo dios, el dios-público. Y los egoísmos y los rasgos grotescos, ridículos, se magnifican ante el ojo público del nuevo dios: aparece el exhibicionismo egocéntrico y la impudicia, son los hombres llevados al nuevo Olimpo de la importancia televisiva. Y es también la época contemporánea de lo público y del ruido, sin intimidad y sin silencio.

EL CAOS Y LA ANARQUIA

Y pensar que la música brotaba desde el silencio, conjurada por las manos consagradas del director. No hay silencio ya al que pueda retirarse la música que se aleja y desvanece. Ya el ruido de la confusión y de la disputa la ha aplastado. Y el director, órgano vivo del espíritu, ha sido sustituido por el gran metrónomo, al clamor y la insolencia y la irritación iconoclasta y estúpida de las masas enfurecidas. Ahora las masas quieren metrónomo, el aparato estatal anónimo y mecánico que gobierne regimentando uniformemente, quieren el reemplazo de la autoridad fundada en el espíritu y en el consentimiento, en el respeto y en la admiración, en la libertad. La cadencia curva del fraseo musical y el palpar vivo, coherente, del ritmo han de ser sustituidos por el tic tac cuadrado y automático. Es el símbolo del autoritarismo burocrático y de la computarización idolatrada. Pero otras fuerzas destructivas, disidentes de las anteriores, avasallan a las anteriores, ya, tampoco, ya no se quiere el metrónomo, el aparatote también es derrumbado, se trata de la *anarquía*, el principio de unión. El reemplazo de lo irremplazable también tenía que ser reemplazado. Bruscos remecimientos, como el mareo súbito de la laberintitis, como sismos, premonitorios, estremecen la antigua capilla, el hombre, la sociedad de los hombres. Y ya las ratas se meten en el recinto. El proceso de demolición sigue en marcha, la demolición interna, diabólica.

EL SEXO Y LA CARNE

Mientras tanto la carne, la vieja enemiga del alma, adopta la más terrible de las formas de su enemistad: es que su propia forma de sensualidad desespiri-

tualizada se ha vuelto ahora sexualismo rutinizado, mecanizado, trivializado (el paradigma de los músicos que copulan debajo del piano, el hombre funcionando como un émbolo y la mujer, supina, la pianista, una sexy candidata a miss Universo, sigue comiendo, imperturbable, su *sandwich*). El sexo, expresión del alma y gloria del cuerpo, se ha degradado en mordaza, ventrilocuo o tartamudeo, es decir, en carne y carne mecanizada, la nueva enemiga del alma, la de nuestra época. Y otra vez repentinos sacudimientos en la capilla antigua preannuncian la catástrofe. ¿Tembolor, laberintitis externalizada? El proceso de demolición, interna, continúa.

ENSAYAR EL HOMBRE, SIEMPRE

Y la capilla de antiguas paredes ennoblecidas por el tiempo que les había dejado un áureo resplandor mate aparece pintarrajeada, embadurnada, con slogans, graffiti, borrones de frases, de groserías, de obscenidades (uno de ellos lo dice todo: "*ed elli avea del cul fatto trombeta*", tomado de la *Comedia* de Dante, Inf. XXI, 139). Velas mortecinas alumbran las caras vociferantes, enfurecidas. Es el imperio del NO, el caos. Se ha apagado la luz, se ha aumentado el espíritu, sólo la penumbra y el ruido del odio. Y de repente la catástrofe: las paredes se agrietan, todo se sacude, la laberintitis estalla, la capilla se resquebraja, el terror y el espanto paralizan y un golpe seco, enorme, monstruoso irrumpe y lo tumba todo. A través de las paredes rotas, entre nieblas ligeras, un susurro de viento ciego, desolado, asoma la gran piedra, la mole, la masa pétrea y granulosa, la comba de la demolición, el mundo. Allí cuelga, esférico y macizo, el mundo, el viejo enemigo del alma. Los instrumentos, los atriles, las partituras, las sillas, todo yace por los suelos empolvado entre los escombros. Los hombres asombrados. El arpa de sonidos dorados encallada, la arpista, ofrenda cruenta, muerta. El proceso de demolición ha culminado. El demoleedor externo, el mundo o la realidad miserable de la época, la comba, destruyeron la morada del espíritu. Es el riesgo tenebroso de nuestro tiempo. Pero allí mismo, a pesar de todo, entre los escombros, los hombres se yerguen y se conjuntan y comienza de nuevo la música. Rítmica, leve, alegre y espiritual, la música. Reempieza el ensayo de orquesta, el ensayo del hombre, el ensayo, siempre renovado, de construir la sociedad humana. Y las trompetas y los trombones que flotan sobre el ritmo de los arcos anuncian el advenimiento, la recuperación del espíritu. Hay que despertar a los muertos y se ensaya la siempre posible perfección.

* Acerca del filme *Ensayo de orquesta*



Con ánimo de halagar al historiador Tácito, su amigo Plinio el Joven le escribe en una de sus cartas literarias: "No fallará mi augurio: tus historias han de ser inmortales". Haciendo gala de una arrogancia superior a la del romano, Lezama Lima solía decirle a su hermana: "Yo pasaré a la posteridad". Mas éste —dejemos a un lado la vanidad del aserto— era consciente de que, para realizar tal deseo, su obra debería sobrevivir a la crítica más implacable, la crítica del tiempo. Conocía, sin duda, a ese aliado de los buenos escritores, el cual, por encima de las vicisitudes transitorias, va recubriendo las frases, las palabras de sentidos siempre nuevos, insospechados. Sería presunción adelantar los significados diversos que la obra de Lezama irá adquiriendo con el tiempo. Imperecedera ya en el ámbito de las letras castellanas, pertenece a ese tipo de obras plenas de significaciones desde el mismo momento de su realización. El tiempo se ocupará, como con la de Góngora o la de Proust, de ir develando las posibilidades expresivas latentes en el complejo entramado de sus arborescencias verbales.

Penetrar el "universo poético" de Lezama Lima —el más clásico de los barrocos o el barroco de los clásicos, como el mismo gustaba definirse— requiere algo más de la cabal lec-

Las cartas de Lezama Lima

Manuel Neila

tura de su obra poética, narrativa y ensayística. Será preciso asimismo conocer su labor como difusor y promotor de la cultura, realizada a través de antologías (*Antología de la poesía cubana*), edición de clásicos (*Juan Clemente Zenea, José Martí*), o como editor de las revistas *Verbum, Espuela de plata, Nadie parecía*, y la de mayor prestigio, *Orígenes*. Y ya que no los diálogos de aquel incansable conversador, aprendidos y olvidados por el viento en las calles o plazas de La Habana Vieja, sí habrá de tenerse en cuenta, a partir de ahora, su *Correspondencia*.

El propio hacedor descubre en José Cemi, ese Wilhelm Meister habanero, personaje central de *Paradiso*, tres momentos. Uno, el placentario, representado por el progresivo desenvolvimiento en el seno de la familia. Después, la integración en el mundo exterior, momento determinado por el sentimiento de la amistad. Por último, la penetración en el universo de la poesía, de la imagen, de los arquetipos, señalado por el encuentro con Oppiano Licario.

Con un lenguaje espontáneo, pero imaginativo, adecuado para poblar la ausencia, estas cartas nos presentan los tres momentos principales, esos tres centros de atracción en torno a los cuales Lezama no sólo ha organizado la obra, sino también su vida: la familia, la amistad y la poesía. El impulso familiar y doméstico, la pulsación materna, primordialmente, se revelan esenciales tanto en la obra como en la vida del poeta. Su biografía, llega a decir, muestra escasos momentos de interés: la muerte del padre, ingeniero y coronel del ejército, como consecuencia de una tonta pulmonía, ausencia que le hará hipersensible a la presencia de la imagen desde la niñez; la amistad con el poeta de Moquer, reflejada en el ensayo lezamesco *Coloquio con Juan Ramón Jiménez* (1937) y de cuyo encuentro saldría fortalecida su vocación poética; la muerte de la madre, en 1964, que le dejará sumido en la *Tristitia rerum* de la cual no se ha de ver libre hasta el momento de su propia muerte, acaecida doce años más tarde.

Son diversos los temas y motivos apuntados en este epistolario. El interés por su país, por la historia, los hombres y sus culturas, convierten a Lezama en un testigo incómodo ante lo que sucede a su alrededor. En 1961, escribe a su hermana Eloísa: "Que desconcierto, querida, por todos lados. Y el sujeto, la persona, el hombre, engeguado dentro de su destino". Parecidos comentarios pueden hallarse en las cartas dirigidas a otros amigos: Julián Orbón, Alfredo Lozano. Pudiera pensarse que estos comentarios se deban a la situación histórica de su país; sin embargo, no es así. En otro lugar, escribe a su hermana: "El problema de Cuba es internacional. Y nadie sabe lo que se puede presentar de aquí a veinte días o de aquí a veinte años".

Con la publicación de *Paradiso* (1966), Lezama alcanza el reconocimiento general, no siempre sin ciertos indicios de extrañeza o envidia. Su obra se traduce a los principales idiomas. No obstante, a medida que su obra se difunde, proyectándose hacia los demás, su vida, como

por una confabulación del azar con lo incondicionado poético, va perdiendo sentido. La ausencia irreparable de la madre cuando aún no había concluido su obra mayor, la dispersión de la familia carnal y espiritual en esa *terra aliena* tan temida, el difícil momento por el que atraviesa su país; todo ello contribuye a debilitar su ánimo, propenso al abatimiento. Y ahora cabe preguntarse si Lezama habría aprobado la utilización que cierto comentarista ha hecho de sus cartas, tergiversando los fragmentos más desgarrados con el fin de atribuir el desvalimiento de sus últimos años a "las estrecheces económicas", así como a "la incomprensión del régimen político de su país".

Buena muestra del estado de prostración y melancolía que envolvió su madurez dan las cartas de Lezama; en especial las dedicadas a Eloísa, autora de la semblanza que las precede y responsable de la edición. A medida que nos acercamos al final de la lectura —es lo mismo decir: al de la vida de Lezama—, observamos como ésta va dejando de fecundar su obra, revelándose la propia obra como el único y esencial sustentáculo de su vida. Al igual que la de Oppiano Licario, "su mente era ya en los últimos años una caja de imágenes". Después, "cuando murió ya estaba acostumbrado a prescindir de su cuerpo".

Y pedantones al paño que miran, callan y piensan que saben, porque no beben el vino de las tabernas.

Antonio Machado



¿Es legítima la actitud radicalmente condenatoria de la televisión? En general es una actitud atribuible a la intelectualidad crítica y, en cierta manera, la posición de este sector con respecto a la televisión podría constituir un test del nivel de registro de realidad que podríamos concederles. Casi todos los análisis críticos que provienen de este sector están condicionados por una toma de partido en favor de las masas sometidas a la influencia alienante de la televisión. Consecuencia: no hay que ver la televisión. Y ellos, los intelectuales críticos, no ven la televisión. Pero "las masas" la siguen viendo.

Diez, doce horas de trabajo y sufrimiento. Después el retorno a la madriguera. Entonces, durante las tres o cuatro horas que conducen a la definitiva madriguera del sueño, la televisión se convierte en el exclusivo factor de información y culturización del pueblo. Y así uno y otro día. Mientras tanto, el intelectual crítico lee y forcejea con la última novela de García Márquez o Vargas Llosa, o bien, nuestro crítico intelectual se abstraerá en una dramática considera-

TV: la lúcida falta de lucidez

Manuel Vázquez

ción sobre los riesgos de ser científico social. Pero esta noche no puede concentrarse. Los vecinos mantienen muy alto el sonido de su televisor.

¡Qué banalidad! Piensa el intelectual crítico. Pero, ¿qué podría esperarse de San Felipe, torres constituidas mayoritariamente por pequeña burguesía filisteas? El intelectual crítico se acerca a la ventana. A lo lejos se percibe las luces de las barriadas. Es entonces cuando le sucede un espasmo emocional-solidario y exclama:

—¡Ni el más aceptable de los programas de televisión merece ser contemplado por el pueblo!

Las ventanas de la casi totalidad de las barriadas tienen una extraña luminosidad gris. Es la luminosidad de las pantallas de televisión.

Juan Jacobo Rousseau escribía a un amigo de Ginebra: "Heos aquí, señores convertidos en autores de periódicos. Yo os declaro que vuestro proyecto no merece lo que vos; tengo el sentimiento de ver

hombres hechos para levantar monumentos, contentarse con llevar materiales y arquitectos hechos peones. ¿Qué es un periódico? Una obra efímera, sin mérito y sin utilidad, cuya lectura, desdeñada y despreciada por las gentes ilustradas, no sirve más que para dar a las mujeres y a los tontos vanidad sin instrucción, y cuya suerte, después de haber brillado por la mañana en su tocado, es morir por la noche en la guardarropa".

El genial Diderot escribe en la Enciclopedia: "Todos estos papeles son el pasto de los ignorantes, el recurso de los que quieren hablar y juzgar sin leer, el azote y el asco de los que trabajan. Jamás han hecho producir una buena línea a un buen espíritu, ni impedido a un mal autor hacer una obra mala".

Estamos hablando de dos de los espíritus humanos más lúcidos de todos los tiempos y, sin embargo, es notable su falta de lucidez para comprender el papel que ya en su época están jugando los periódicos. Vol-

taire, por ejemplo, se despacha a su gusto contra las "hediondas gacetas que llegan de Holanda o Inglaterra", y son precisamente esas "gacetas" uno de los vehículos más eficaces para la transmisión del nuevo cuerpo ideológico que va a socavar y derribar al antiguo régimen.

La actitud de nuestros intelectuales con respecto a la televisión es muy similar, aunque las motivaciones son mucho más legítimas. La prensa en sus orígenes fue, por una parte, una eficaz mordaza social e histórica, gracias al régimen de "concesionismo", según el cual sólo el rey podía conceder el privilegio de imprimir y hacer circular el papel impreso. Pero la prensa clandestina, al servicio de la burguesía ascendente y revolucionaria, jugó un papel determinante para que a los abogados franceses de provincias les llegara la ciencia crítica de Rousseau, Diderot o Voltaire, o las moralidades críticas de las ficciones de De Foe, Jonathan Swift,

etc. Y esa transmisión de doctrina vulgarizada por el medio contribuyó a que surgiera la energía de la acción, tanto o más que la lectura directa de *El sobrino de Rameu* o *El contrato social*.

Está claro que la televisión vive, en casi todo el mundo, bajo el más riguroso régimen de *privilegio real*. Allí donde no la controla directamente el Estado, como en los países del Este y otros, la controlan sectores del capital identificados radicalmente con el sistema; cuando no la controla una colaboración indirecta capital-Estado, mediante empresas de televisión estatales que sobreviven gracias a la publicidad. Casi todas las televisiones del mundo están identificadas, por lo tanto, con los fines regresivos y represivos de sus *establishments* correspondientes. Por otra parte, es cierto que la televisión es el medio informativo más *omnipotente* y que, en consecuencia, es el instrumento máspreciado en manos del *poder* para hacer efectivo el control de las masas.

Hasta aquí, el análisis crítico de la televisión es irreprochable. Y con esta distancia crítica uno puede situarse ante el televisor con el completo convencimiento de que su pura alma crítica no será violada. Porque someterse al acto de contemplar la televisión es fundamental para comprender con quién y en qué época vivimos.

La revolución tupamarista fue imaginada a escala de todo el Virreinato. No debía ser —casi por definición— un movimiento regional. La nueva capital del país independiente sería el Cusco y la sierra se impondría sobre otros espacios, pero la revolución sólo culminaría con la toma de Lima. Es por esto que Túpac Amaru quiso contar con el concurso de los esclavos, sobre cuyo trabajo reposaba la agricultura de exportación costeña. Aunque no eran más de 40,000 en todo el Perú, la gran mayoría vivía en la costa central y de ellos, más de 10,000 en la ciudad de Lima: 160/o de la población urbana.

Aparentemente los esclavos reunían con nitidez los rasgos propios de una clase social, pero ocurre que en el transcurso del siglo XVIII, a medida que la población esclava disminuía en términos relativos como consecuencia del incremento en el mestizaje (mulatos y otras castas), los negros se integraban a la cultura urbana, olvidando sus lenguas y cultos africanos. Una multiplicidad de ocupaciones terminaba por fragmentar a los esclavos, a la par que se confundían en las plazas y callejones de la ciudad con esos marginados, gente sin oficio definido, que pululaba en Lima. En estas condiciones una forma tradicional de protesta social, el palenque, sería olvidada y reemplazada por el bandolerismo. El palenque representó durante el siglo anterior el desesperado intento de reproducir, en áreas apartadas de los valles costeros, las costumbres africanas e incluso las jerarquías políticas. Pero, a partir de 1760, los palenques serán sólo refugio eventual de cimarrones que para subsistir devendrán en el bandolerismo. Este es un fenómeno endémico, en el que la violencia estará a medio camino entre la criminalidad y la protesta social, pero que en ningún momento implica un cuestionamiento real del sistema. Violencia estéril. No existirá un movimiento de "liberación negra" equivalente del indígena.

El bandolerismo trasunta otro hecho: la tensión entre indios y negros. En efecto, mientras es frecuente encontrar en las bandas a esclavos junto con criollos, mestizos e incluso españo-

Independencia y clases populares

El mundo al revés

Alberto Flores Galindo

El destino de una revolución, más que en las alturas de la clase dominante, se decide dentro de las clases populares. El bandolerismo que asola los valles y caminos de la costa, los frecuentes motines rurales en la sierra, la persistencia de la rebelión de Juan Santos Atahualpa, son signos no sólo de un malestar social, sino de un profundo descontento, de una falta de resignación que se propala en espacios muy diferentes, y que recorre todo el siglo XVIII. Pero lo que nos interesa es saber si esta violencia popular fue capaz de producir alguna alternativa frente al colonialista y la aristocracia limeña.



les pobres, están ausentes los campesinos indígenas que, por el contrario, son también víctimas, como los viajeros y comerciantes itinerantes, de los bandidos. Por eso los yanacunas y comuneros de Huacho, Chancay o Chilca no dejan de colaborar con las autoridades españolas, denunciando los refugios de asaltantes, informando sobre sus acciones y a veces apresándolos. A su vez, los ban-

didos, con la misma crueldad que arremeten contra los españoles, proceden contra los indios.

El 5 de julio de 1821, antes del ingreso de las tropas patriotas a Lima, la ciudad quedó desguarnecida y se desencadenó el pánico general transmitido por la aristocracia a otras capas de la población. No era el miedo a los desmanes de las tropas, cuanto el temor a que las circunstancias propi-

ciarían una gran sublevación de los esclavos en Lima, una especie de reedición tardía del levantamiento en Haití y Santo Domingo. El viajero escocés Basil Hall, testigo directo, no compartió esa alarma: "En cuanto a mí, no puedo creer que esto fuese posible; pues los esclavos nunca tuvieron tiempo para tomar tal medida; y sus hábitos no eran de unión y empresa, siendo todos sirvientes y disemina-

dos en una vasta ciudad, con rarísimas ocasiones de trato confidencial".

Es en la fragmentación social y en la contraposición de intereses donde el orden colonial encontraba la mejor garantía para su estabilidad. Esa disgregación social obedecía a fuentes diversas: orígenes culturales tan distintos como los de intelectuales europeístas frente a campesinos andinos, diferencias étnicas como las de negros e indios, multiplicidad de ocupaciones, roles enfrentados como los de comuneros y colonos o curacas y simples campesinos. A la disgregación habitual de las clases populares en una sociedad precapitalista se suman, en el caso peruano, las distorsiones propias de una sociedad colonizada y la heterogeneidad como consecuencia de esa especie de encrucijada demográfica que era el Perú, lugar donde confluían migraciones africanas y europeas, sin olvidar las diferencias entre las comunidades étnicas prehispánicas que todavía subsistían, por ejemplo, entre quechuas y aymaras. Intentar una revolución social como la que quiso hacer Túpac Amaru, significaba luchar contra todos estos aspectos, que sin ser evidentes a simple vista, eran de una indudable eficacia como mecanismos de control social.

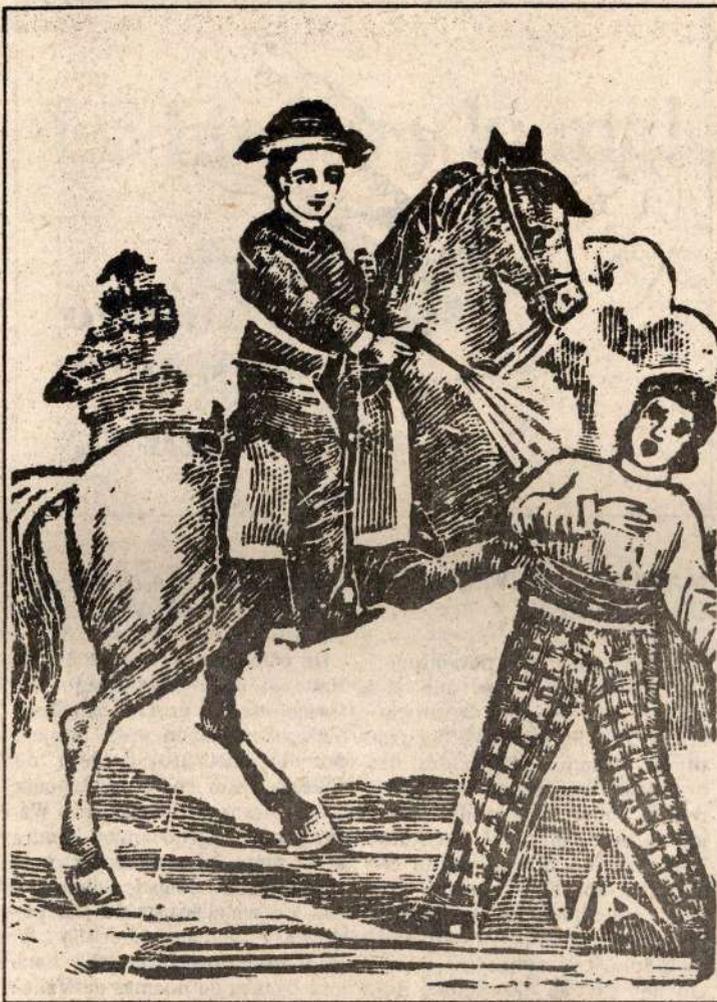
Todo sistema colonial reposa en la divisa de "dividir para reinar". Las relaciones entre esclavos y campesinos fueron preocupaciones frecuentes en las cartas y memoriales redactados por las autoridades españolas. El censo que se ejecutó en el Virreinato peruano después de la revolución tupamarista, no tenían como única función saber qué población había en el territorio virreinal; era quizá más apremiante indagar por las proporciones numéricas entre los diversos grupos étnicos para garantizar así el equilibrio social. "La proporción en que se hallaban las varias castas de gentes que la habitan no debe dar celos que en otras ocasiones han causado, en momentos de turbación, por ignorarse la razón en que estaban, pues según el adjunto Estado para cada indio o originario suyo, se hallan 5 y 1/8 de las demás castas: para cada esclavo hay 4 y algo más de 2/3 entre los libres. Para cada persona de color libre o esclava, hay un blanco; y en caso que los esclavos

conservén una unión concertada con los indios y mestizos hay entre los blancos y personas libres de color 2 para cada uno. . .”.

Todo lo que hasta aquí hemos expuesto nos permite sugerir algunas conclusiones. Al terminar el siglo XVIII la estructura social peruana está en recomposición. Mientras en las alturas se forma una clase dominante amparada en el aparato colonial y la expansión mercantil dentro de los sectores populares, la fragmentación social —espontánea unas veces y otras conscientemente fomentada— impide la formación de una estructura de clases. El caso extremo podría ser ilustrado por los esclavos y la plebe de Lima. Sólo donde fue posible intentar remontar esta situación como en el Cusco (por la densidad campesina y la persistencia de una aristocracia incaica), pudo ensayarse una alternativa frente al colonialismo. Pero el porvenir de esa opción pendió de las frágiles relaciones entre la elite in-

dígena y la masa campesina. A la postre la revolución tupamarista quedó librada a las posibilidades que tenían los campesinos para transformar esa sociedad. Entonces se descubrió que los hombres andinos, al margen de la común condición de “colonizados”, mantenían todavía significativas diferencias. Paradójicamente la derrota de 1780 no significará el fin del milenarismo indígena: persiste en el período de la independencia y se prolonga, como sabemos, en etapas posteriores; pero en cambio las guerras de la independencia acarrearón primero el eclipse de la aristocracia incaica y después, de manera irreversible, el colapso de la clase dominante colonial.

Son evidentes los cambios que experimentó la sociedad peruana en los cincuenta años comprendidos entre 1780 y 1830, pero también es cierto que fueron todavía mayores las expectativas que se abrieron para los sectores populares. Los campesinos y la plebe urba-



na no pensaban que una revolución podía limitarse a un cambio político o al desalojo de la aristocracia; la revolución, para ellos, consciente o instintivamente, era el cambio sustancial de un ordenamiento, la inversión completa de la realidad. Al comenzar el siglo XIX varios murales limeños —uno de ellos fue atribuido al pintor popular Pancho Fierro— retrataban la imagen de “El mundo al revés”. El reo aparecía aguardando al juez, el usurero ejerciendo la caridad, los toros arremetiendo a los lidiadores.

Si experimentamos a la independencia como una frustración es porque, como pensaron muchos protagonistas de los levantamientos y batallas, abrió la posibilidad de pensar en un desenlace diferente. La presencia obsesiva del tema en nuestra historiografía se explica si consideramos que persiste, hurtando una frase de Jorge Basadre, como una promesa incumplida.

Libres

“ni el tumi de madera comprado para ti con rebaja en la Feria de Huancayo”

Siempre se ocupó la poesía del amor en sus formas más sublimes: un lugar común. Otro: amor y poesía están unidos desde su origen. Y, finalmente, un tercero: no sólo la poesía se ocupa del amor y el amor no es el único objeto de la poesía, lo que equivale a decir que no es oro todo lo que reluce. Tres lugares comunes para iniciar un artículo sobre poesía, y esto se debe a que es el lugar común, la palabra manoseada, el giro del que se abusa, el vehículo del que Arturo Corcuera se ha servido para alcanzar su objeto poético y tratar de definir, a partir de este tratamiento, una suerte de poética del lugar común: “Hay días en que tu recuerdo/ me moja la cara. . .”.

“Casi un vals para los Embajadores Criollos”, reza el subtítulo de *Puente de los suspiros*, el último

libro de Corcuera*. Es el vals criollo, precisamente, síntesis y resumen del lugar común en nuestro medio, expresión quintaesenciada de los más altos valores de nuestra mediocridad, sonoro conjunto de palabras sin sentido que aspiran a elevarse por encima de nuestras cabezas y quedan al nivel de los rasgueos de guitarras y los jaleos entusiastas de los aficionados. Y es a partir del vals criollo que Corcuera comienza a estructurar su poesía, contrastando, en un manejo reflexivo y cuidadoso, la sonoridad impostada del lugar común de la poética valsera con la cotidianidad polvorienta de un amor prosaico e irrelevante. En este contraste se produce una chispa poética y una ruptura: “. . . todos estos locos sueños/ a tiempo he dado de baja”. De ahí, precisamente, que sea *Chabuca Granda* la que inicie el canto: “Puentecito tendido/ sobre la herida/ de una quebrada”, sublime lugar común que alcanza nivel de logro poético.

En algún momento señaló Borges que los peores poetas suelen dar en el clavo en contados versos que salvan su obra. Algo similar podría decirse de los mejores compositores de vales, algunos de los cuales son, al margen, excelentes poetas. De uno de estos logros se agarra Corcuera para iniciar su libro: los tres versos citados de *Chabuca Granda*. Lo aísla, como una perla solitaria, para mostrar el contraste, para exhibirlo. El resto es poesía.

Poesía medida, justa, de palabra trabajada a la manera del alquimista en su retorta, difícil, por tanto, en la comprensión cabal de sus múltiples resonancias; pero también poesía de diapasón bajo, de nota apagada, de sonoridades musitadas más que cantadas, trabajo de tallista más que de escultor de garra. El amor —sabia y justamente— ha sido reducido al nivel de gesto cotidiano, y para su definición sirve, más que la palabra misma, el intersticio que marca la distancia entre la sublime huachafería del

resonante y valsero lugar común (plano ideal de la realización amorosa a la manera limeña) y un lenguaje intencionalmente antipoético de ruptura que, en el contraste, define una poética de —podríamos decir— desenmascaramiento: no todo lo que reluce es oro y en oro puede transformarse el instrumento, por prosaico que pueda parecernos, que nos permita descubrir la trampa.

En este juego de desenmascaramiento no todo es logro, sin embargo, en el libro de Corcuera. En algunos poemas queda más clara la intención que el hallazgo mismo y la palabra no llega a tener la fuerza necesaria para producir el efecto de ruptura. Preocupado por el uso correcto, por la sutileza de la carga semántica de cada palabra o de cada giro, Corcuera se muestra tímido y peca más de defecto que de exceso: “Jamás ardió tanto mi sangre/ como al besar tu cuello desnudo/ negándome a caer rendido/ lo cubría de collares”.

No creo, en términos generales, que éste pueda ser considerado libro menor en la trayectoria de Arturo Corcuera. Es, antes bien, un libro que abre una posibilidad de búsqueda saludable en su poética y que, a pesar de los defectos de timidez que hemos señalado, logra el objetivo de transformar, por contraste, el lugar común en hallazgo poético, elevando las manifestaciones más prosaicas del amor humano en sus formas más triviales (ruptura, desengaño y desamor tras la satisfacción del sexo) al nivel de lo poético. Con un tratamiento antipoético Corcuera ha logrado poesía. Y esto, a pesar del tono bajo de su diapasón y de su artificio matemático en su trabajo del lenguaje, es, en mi opinión, bastante. (Félix Azofra).

* Arturo Corcuera. *Puente de los suspiros*, Lima, Arte Reda, 1982.

LA PATALETA DE L.A. SANCHEZ

Un hecho insólito y desagradable se produjo la noche del jueves en la inauguración del ciclo de conferencias "Significado histórico de la poesía de César Vallejo" organizado por el Instituto Italiano de Cultura. Esa noche el numeroso público fue testigo de la irritación del conferencista Luis Alberto Sánchez ante las preguntas de los panelistas, referidas a las relaciones de Vallejo con el marxismo y los planteamientos de Mariátegui sobre el poeta. Previamente, Sánchez dedicó los cuarenta minutos de su exposición a contar anécdotas y chismes de la vida de Vallejo y a hablar mezquinamente de Mariátegui, y de las diferencias entre ambos, las que, según Sánchez, se reducían a que Vallejo usaba cuello alto y el nudo de la corbata ajustado, mientras que Mariátegui no podía ser elegante "porque era pobre y no tenía buena presencia". Total, Sánchez abundó en chismes (y chistes) pero no en conceptos, y en ningún momento se ocupó del tema anunciado. Pero tal vez lo más triste de la noche fue ver a un Sánchez vanidoso perder los papeles y maltratar a un panelista que le recordó su miopía crítica de 1922 ante *Trilce*, y reprochar a los organizadores por haberle tendido una "trampa" y haberlo metido en medio de "críticos marxistas" que tenían una misma óptica para mirar la realidad. Felizmente, el tino y la prudencia del moderador Ricardo Falla, quien dio por concluido el acto, evitó un escándalo mayor protagonizado por el ex rector de San Marcos, ex presidente del Senado y actual candidato al Premio Nobel de Literatura propuesto por los políticos que integran el Poder Legislativo, quienes, evidentemente, no han leído los vastos catálogos en los que L.A.S. se ocupa de la literatura peruana.

ENCUESTA SOBRE FEMINISMO

La publicación en *El Caballo Rojo* del 22-8-82 de un artículo de Luis Pásara titulado "El virus del feminismo" ha originado una serie de artículos de réplica de militantes feministas. Ya en nuestro número anterior publicamos dos de esos artículos y uno nuevo de Luis Pásara, iniciando y cerrando una pequeña polémica. Sin embargo, los alegatos feministas siguen llegando a nuestra redacción. Ante la imposibilidad de publicar estos materiales, hemos decidido hacer una encuesta epistolar entre nuestras lectoras que son madres de familia. El asunto es muy sencillo: se trata de responder en una carta, que no exceda de 15 líneas, a una pregunta trascendental y clave para la desdicha o felicidad futura de la humanidad. La pregunta es: "¿Permitiría usted que su hijo se case con una feminista?"



El bostezo del lagarto

Tomás Azabache

MARTES Y JUEVES CON VALLEJO

Los amantes de la poesía pueden considerarse más que satisfechos en este mes de setiembre. A la feliz iniciativa del Instituto Italiano de Cultura de organizar una serie de conferencias sobre la obra de Vallejo, se une ahora el Instituto Nacional de Cultura con un ciclo que abordará aspectos recién estudiados de la poesía vallejana y los nuevos enfoques metodológicos aplicados. El ciclo del INC se desarrollará durante cuatro martes consecutivos y empieza esta semana con la conferencia de Manuel Ve-

lásquez Rojas titulada "La zoológica de César Vallejo". En Ancash 390, a las 7 p.m.

De otro lado, el jueves 9 continúa el ciclo "Significado histórico de la poesía de César Vallejo" iniciado esta semana por el Instituto Italiano de Cultura. Esta vez será el poeta y profesor universitario Washington Delgado quien tendrá a su cargo la conferencia; posteriormente, Delgado dialogará con un panel integrado por periodistas y catedráticos y finalmente Jorge Chiarella hará una lectura de poemas de Vallejo. A las 7 p.m., en la avenida Arequipa 1075.



EL VENGADOR PATRICK MACNEE

Hace unos días falleció en Inglaterra Patrick MacNee, el irónico "John Steed", el hombre del bombín y del paraguas perpetuo, protagonista de la serie *Los vengadores*. En su versión clásica —hay una nueva— esta serie de espionaje fue ejemplar y de una gran dignidad narrativa. Realizada a través de un argumento no convencional, con una escenografía ambigua, la pareja protagonista —en la actual versión hay un intruso, como diría Marco Martos— no es una pareja seria. Se hablan de usted, se tratan deferente pero distanciamiento y sólo sus ojos evidenciaban una malicia erótica. Esta serie fue de la calidad de la mejor literatura de aventuras y constituyó una sátira del propio género.

EL BALANCE DE "QUEHACER"

"Una crítica cualitativa de obra del actual gobierno en sectores que afectan directamente a la vida, la seguridad y el futuro de los ciudadanos" es el tema del balance que ofrece el número 18 de la revista *Quehacer* que edita DESCO y que está circulando recientemente. Las políticas sectoriales durante los dos años de belaudismo en Salud, Trabajo, Educación y Vivienda son analizadas por el equipo integrado por Mario Zolezzi, Teresa Tovar y Aldo Panfichi. El análisis político del periodo lo hace Henry Pease, quien en su trabajo "A dos años del segundo belaudismo" afirma: "Es el contenido sustantivo, social y económico, junto con la práctica de consulta popular y participación cotidiana de las mayorías en el proceso político, lo que puede hacer que un régimen sea sólido y defendible por el pueblo. Y en este sentido el gobierno actual no sólo no ha consolidado el régimen democrático, sino que es su principal desestabilizador". En la misma sección de actualidad nacional, Fernando Sánchez Albavera se ocupa de la recomposición del grupo "Cosmos" liderado por Silva Ruete mientras que Alfredo Filomeno y Alberto Adrianzen abordan el tema de la corrupción en el sistema político peruano. En la sección "Hechos y experiencias" Fernando Eguren, Alfredo Filomeno y Oscar Toro Quinto tratan el tema de la unidad del movimiento campesino en una serie de notas y entrevistas. Este número también trae un especial sobre las voleibolistas peruanas a cargo de José María Salcedo y Abelardo Sánchez León; una primicia: el testimonio de un sobreviviente de un campo de tortura en Argentina; en "Cultura, arte, comunicación" escriben David Sobrevilla, Luis Peirano y Rafael Roncagliolo.

EL REGRESO DE LAS GATAS ANARQUISTAS

Dalmacia Ruiz Rosas y Patricia Alba, estudiantes sanmarquinas de literatura a quienes algunos gacetilleros consideran integrantes del mítico grupo "Las gatas anarquistas", darán un recital este viernes 10 en el Taller de Poesía de San Marcos. La cita con las poetisas es a las 5 de la tarde en el Repertorio Bibliográfico del Pabellón de Letras de la Ciudad Universitaria.

"Si os obstináis en ser una nación aparte, en querer una Polonia independiente, atraeréis sobre vosotros terribles infortunios".

Nicolás I, zar de Rusia. (En *Varsovia 44*, de Francois Steiner).

Cartelera

Hoy domingo se proyectarán las siguientes películas: *El hombre elefante*, de David Lynch, en el auditorio "Antonio Raimondi" (Alejandro Tirado 274, Lima) a las 6 y 9 p.m. . . *Gran capitán*, de Dimitriv Petrov, en la Cooperativa "Santa Elisa" (Cailloma 824) a las 11 a.m. . . *Viva la libertad*, de Rene Clair, en el local del YMCA (Av. Bolívar 635, Pueblo Libre) a las 7.30 p.m. . . *El ciudadano Kane*, de Orson Welles, en el Museo de Arte (Paseo Colón 125) a las 6.15 y 8.15 p.m. . . Cineclub "Antonioni" presentará *La fuerza del deseo*, de Miguel M. Delgado (martes 7), y *Bodas de oro*, de Tito Davison (jueves 9), en el Museo de Arte (Paseo Colón 125) a las 6.15 y 8.15 p.m. . . Cineclub "Antonio Raimondi" exhibirá *Fama*, de Alan Parker (jueves 9); *Fabricante de ídolos*, de Taylor Hachford (viernes 19); *Brillantina*, de Randal Kleiser (sábado 11) y *El cantor de jazz*, de Richard Fleischer (domingo 12), en Alejandro Tirado 274 (cuadra 10 Av. Arequipa) a las 6 y 9 p.m. . . Cineclub "Melies" proyectará el sábado 12 *Los ángeles del pecado*, de Robert Bresson, en el local del YMCA (Av. Bolívar 635, Pueblo Libre) a las 7.30 p.m.

GALERIAS

La galería "Ivonne Briceño" (Raymundo Morales de la Torre 132, San Isidro) ha inaugurado una muestra de esculturas en mármol y piedra de Jesús Portugal; estará hasta el sábado 11 y se puede visitar de lunes a sábado de 5 a 9 p.m. . . En la galería "Petroperú" continúa la muestra retrospectiva de la obra de Cristina Gálvez; estará hasta el sábado 11, de lunes a sábado de 4 a 8 p.m. . . En la galería "715" (Av. Central 715, San Isidro) se ha inaugurado una muestra de pinturas de Ana María Guevara; estará hasta el jueves 16. . . En la galería "9" (Av. Benavides 474, Miraflores) continúa la muestra de César Jordán y Miguel Nieri. . . En la galería "Forum" (Av. Larco 1150, sótano, Miraflores) prosigue la exposición de 15 esculturas de Lika Mutal; estará hasta el martes 14. . . En el Museo de Arte Italiano continúa la exposición de grabados de los siglos XVII, XVIII y XIX titulada *Vistas de Roma*.

MUSICA

El grupo musical "Amaru" presenta su espectáculo *Canciones de nuestros días*, en el auditorio de la Alianza Francesa de Lima (Garcilaso de la Vega 1550) de viernes a domingo a las 8 p.m. . . En los miércoles musicales del centro de arte "Cocolido" (Leoncio Prado 225, Miraflores) se está presentando el charanguista y cantor ayacuchano Jaime Guardia. Todos los miércoles de setiembre a las 8 p.m. . . El grupo "Tiempo Nuevo" dará este jueves 9 un recital de música peruana y latinoamericana en la cafetería de la Universidad de Lima; a las 7.30 p.m., la entrada es libre.

Lo bueno y lo malo

JULIO ERNESTO GRANDA

SUBLIME FRENESI

Si la mejor puesta en escena es aquella que no se nota, entonces *Sublime frenesi*, de David Hamilton, debe ser una de las peores. Pocas veces en la pantalla tal sucesión de cuadros cuidadosamente elaborados hasta en los más mínimos detalles, con referencias pictóricas de diversa fuente. El color, la forma, el apelar a los maestros se manifiesta desde los comienzos, y se reitera de principio a fin con tal entusiasmo que sugiere al cine como el despliegue de las riquezas de un museo, una después de la otra, encadenado con pausados movimientos y fundidos sin que ninguna de las partes adquiera relevancia. Esta bonita toma, aquella también bonita y los personajes caminando a paso de ballet o diciendo locuciones imposibles (breves por suerte): tal es el hallazgo de Mr. Hamilton para ilustrar esta historia de amor convencional, con reflexiones adicionales también convencionales sobre las relaciones entre el amor y la creación artística, pese a que se supone es una historia justamente anticonvencional.

Porque un escultor de cuarenta años se enamora de una chica de alrededor de diecisiete. Porque no es una chica cualquiera, sino la hija de una ex amante. Porque se queda ciego. Porque la esculpe y la ama, etc. El artista, ella bailarina, y todos los personajes secundarios (padre, madre, primer amante, compañeras de ballet), todos menos dos —los profesores de baile— hermosos, bien vestidos, bien educados y desplazándose por ambientes de elegida plasticidad (hasta el hospital tiene una escenografía cuidadosamente elaborada). Total que el conjunto es perfectamente empalagoso, por más que Botticelli venga a la memoria cuando las niñas se bañan después del baile o que las Venus de mármol o barro mezclen sus imágenes con las de carne y hueso. Ningún soplo de vida, ninguna reflexión interesante, atraviesa esta composición helada y aburrida, de un erotismo tan descarnado y tamizado que pierde toda peligrosidad o sugerencia.



Malcolm McDowell en "La marca de la pantera".

LA MARCA DE LA PANTERA

La inocente —de rostro— Nastassia Kinski reaparece, después de ser la dulce heroína de *Tess*, convertida en otra víctima de las circunstancias. Un destino heredado que comparte con su único hermano, que la convierte en pantera cuando experimenta el deseo sexual. Historia tan tradicional podría haberse convertido en una perfecta tontería —hay algunas películas viejas con tema parecido— si Paul Schrader no hubiera acertado con el tono justo que logró imprimir a su versión. El lugar es Nueva Orleans, con todas sus sugerencias del pasado y de

la influencia mágica de las distintas ramas que confluyeron allí en su época de oro. Nastassia es una pantera convincente en movimientos y expresiones de calculada felinidad. Malcolm McDowell es el pantera macho repelente y carnicero cuya malignidad (y desesperación) no necesitan retoques.

Schrader saca partido de la ciudad, sus calles y lugares, el zoológico que es en sí, con sus estatuas de animales y sus adornos neoclásicos, un monumento al pasado esplendor y la malignidad contenida de las fieras, busca la luz conveniente para crear el clima de sostenido misterio: un comedor en apagados tonos ocres que vuelve fantasmales a los comensales, las calles del barrio francés en grises lluviosos, un parque en la semipenumbra del atardecer donde se adivina la persecución, la luz artificial de una piscina solitaria. En las películas de suspenso, el clima es casi el elemento fundamental, y en esta película está logrado a plenitud, recuperando un género que siempre tuvo sus adeptos y por el que, en los últimos años, muy pocos han transitado con éxito.

En días pasados en más de un periódico local se difundió la especie de que Lima iba a ser el lugar donde se volverían a enfrentar Eugene Boreef, el soviético campeón mundial de la categoría cadetes (menores de dieciséis años), y el crédito nacional Julio Ernesto Granda. Según esas informaciones, a última hora Granda no se habría presentado a la competencia. Inclusive han aparecido declaraciones atribuidas a Boreef, disculpando el desaire de Granda: "Granda debe estar sumamente cansado tanto por la competencia como por el viaje", refiriéndose al considerable esfuerzo desarrollado en Guayaquil por el juvenil peruano.

Pero el presidente de la Federación de Ajedrez del Perú, Mario Zapata, que es hombre que merece toda nuestra confianza: porque habla claro, ha desmentido toda esta publicidad. En ningún momento estuvo pactada una partida en Lima entre Granda y Boreef; este último vino a Lima para tomar el avión directo a Moscú. Noticias de esta laya,

confusiones de este tipo, le hacen un flaco favor a Granda, que es un adolescente con las incertidumbres y las turbulencias propias de esa edad y que soporta sobre sus hombros una responsabilidad muy grande, cuyo origen está en la ligereza con que los comentaristas deportivos que no saben nada de ajedrez, manejan el asunto. Granda es ciertamente un caso parangonable al de Julio Súmar quien en 1948, cuando tenía 15 años, fue campeón nacional de ajedrez, y más todavía, es el ajedrecista peruano que presumiblemente llegará más lejos, más todavía que Orestes Rodríguez, Esteban Canal y Oscar Quiñones, pero es un adolescente que tiene algunos problemas de adaptación y que en el pasado ha abandonado torneos. ¿Por qué inventarle una falta que no ha cometido? Está bien que queramos hacer noticia, pero hay que tener cuidado con hacer daño, que es lo que ha sucedido en este caso. Granda llegará a ser, sin duda, el más grande jugador peruano de todos los tiempos; por eso mismo no hay que dejar que lo manipulen.

(Marco Martos)



Ingrid Bergman ha muerto, engrosando el obituario que en los dos o tres últimos años ha venido des-

poblando el cine de los rostros que lo animaron en épocas doradas.

Doradas, no de oro, porque este es un término para ser discutido entre generaciones, que ya se sabe no se pondrán de acuerdo. Para la gente de más de setenta años —que tiene poca oportunidad de expresarse públicamente— el oro tendrá posiblemente que ver con el cine mudo, con rostros y nombres que sólo son referencias para nosotros, y quizás menos que fantasmas para los más jóvenes. Los de cincuenta pensarán con fruición en las películas de la ante y post guerra, y los de cuarenta abajo, según sus años de iniciación como espectadores, en la década del cincuenta o la del sesenta. Personalmente, recuerdo con más emoción el cine que vi en la infancia y primera adolescencia. Entonces no íbamos al cine a ver películas buenas sino a ver películas, y me temo que varias de ellas eran horribles, pero aun entre esas muchas dejaron astros imborrables, que ni el más solemne discurso bergmaniano podría luego emular. Por eso cuando uno ve una vieja película en la televisión,

Ingrid Bergman



Ingrid Bergman en "Casablanca" (1942).

a la indulgencia forzada de ver el cine reducido a las magras condiciones de la pantalla chica, se suman las que todo el mundo cultiva hacia su propia infancia. Bogart no es sólo lo que fue para los adultos de entonces, sino la som-

bra de un ídolo que representaba un mundo aún no alcanzado. Ingrid Bergman, también, y Henry Fonda. Y otros.

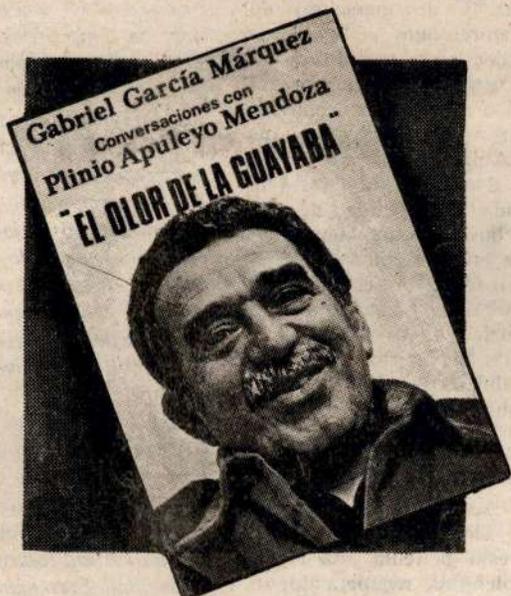
Porque entonces las películas pertenecían más a sus actores que al director, la gente iba a verlos a ellos y apenas

si los muy cultos sabían del responsable de la batuta. A pesar de todo, ahora hay mayor abundancia de buenos actores, o realizadores que pueden convertirlos en eso. Pero les tocó la época de ser parte del todo y no su pico más importante. Son actores, no la encarnación de apetencias o símbolos colectivos.

La bondadosa Ingrid es uno de los últimos, en sexo femenino (queda Sofía Loren, orgullosa sobreviviente, no de ahora, sino de los años en que las divas iban desapareciendo y ella logró prolongar su leyenda). A pesar de Rosellini, y de las airadas críticas de la cucufatería de la época, Ingrid será la dulce Ingrid que se refugia en el guerrero en *Por quién doblan las campanas*, la víctima inocente de *La luz que agoniza*, la desamparada muchacha de *Casablanca*, la enamorada romántica de aquel folletón que se llamó *Intermezzo*, la valiente misionera de *La posada de la sexta felicidad*, la atormentada *Anastasia*, etc. Siempre con un rictus de timidez y sensibilidad en su boca grande y en sus ojos francos, siempre la sana buena muchacha a la que el destino juega una mala pasada: probablemente no fue el ensueño erótico de casi nadie, pero sí la figura delicada en la que las mujeres podían proyectarse sin temor.

GARCIA MARQUEZ

CUENTA SU VIDA



DE VENTA EN LIBRERIAS
AUTOSERVICIOS Y KIOSKOS

EL INSTITUTO DE
ESTUDIOS PERUANOS
anuncia la publicación de

NICOMEDES
SANTA CRUZ

LA DECIMA EN EL PERU

Pedidos:
Horacio Urteaga 694
(Campo de Marte) Lima 11
Telfs. 32-3070 -- 244856



CENTRO DE ESTUDIOS
PARA EL DESARROLLO
Y LA PARTICIPACION

cedep

ANUNCIA
Que está en venta:

socialismo y participación 18



- LAS MALVINAS Y SUS CONSECUENCIAS
- PERU: SECTOR MANUFACTURERO
- OLIGOPOLIOS TRANSNACIONALES EN LA ALIMENTACION
- COMO SON GOBERNADAS HOY LAS CIUDADES CHILENAS

PROXIMAMENTE ESTARA EN VENTA:

el libro de Julio Ortega:
Texto, Comunicación y Cultura:
Los Ríos Profundos de José María Arguedas

PEDIDOS:

Av. 6 de Agosto 425, Jesús María
Teléfono: 320695

CO-DISTRIBUYE
PUBLIREC

Huamachuco 1927, Jesús María
Teléfono: 23-3234

JOSE MARIA ARGUEDAS OBRAS COMPLETAS TOMOS DEL I AL V

- Contiene toda la obra de creación literaria: novela, cuento, relato, poesía.
- Numerosas notas y observaciones del compilador.
- Cinco tomos finamente impresos.
- 2000 páginas, carátulas plastificadas.



Oferta de pre-publicación s/.59,500.

- Las obras se entregarán en diciembre de este año.
- El precio de S/. 59.500.- es al contado y tiene vigencia hasta el 15 de setiembre de 1982.
- También puede pagarse en partes S/. 13.500 y cinco mensualidades por igual cantidad
- Los interesados deben llenar el cupón adjunto o acercarse a nuestras oficinas.



editorial horizonte

Nicolás de Piérola 995 (Plaza San Martín) Lima 1 ó Casilla 2118.

Deseando adquirir en pre-publicación las
OBRAS COMPLETAS DE JOSE MARIA ARGUEDAS
Tomos I al V - acompaño:

- S/. 59.500.- en cancelación de mi suscripción.
 S/. 13.500.- como 1er. pago de mi suscripción.
(marque con X lo que corresponda)

en efectivo

en Ch. _____

Bco. _____

Nombre _____

Dirección _____

Telef.: _____

Lugar y fecha: _____

Firma: _____

A caballo



No es por ponerme en plan de Pepe Grillo (la pequeña y verde conciencia de Pinocchio) pero el presidente Belaúnde está muy mal. Yo creo que debería tomarse un descanso, en vez del habitual de sus ministros, en la rumorosa bahía de Paracas. Un buen descanso: hasta el 85, por lo menos.

Se le ha dicho liberal, reaccionario, ingenuo, mañoso. Y es posible que tenga algo de todo al mismo tiempo. Pero la realidad es otra, bien me temo. Belaúnde está entregado al franco desvarío. Actividad, por cierto, común a miles de peruanos (cosa triste, cotidiana, que podría llevarnos a la resignación). Pero, definitivamente, inaceptable tratándose del primer mandatario. Máxime si el arquitecto, como dijo durante la ceremonia del aniversario de la Guardia Civil, *personifica a toda la nación* (¡no, gracias, por favor!).

Esa historia de la grande y siniestra conspiración internacional contra el Perú, no sólo no convence a nadie, sino que

trasmite una imagen insana del sillón presidencial. Se ha rayado. Las reacciones van desde la sonrisa agríndice de los ciudadanos (de izquierda o de derecha) hasta el tono cachaciento con que el semanario norteamericano "Newsweek" comenta esta semana sus acusaciones de conjura extranjera. Amén de las carcajadas —secretas, por supuesto— de sus más cercanos colaboradores. Hay, a propósito, quienes dicen, contra la idea general, que Belaúnde no está marginado por la cúpula de Acción Popular y el gabinete, sino más bien se halla permanentemente estimulado por su entorno en todo aquello que, de un modo u otro, lo lleve a transitar los oscuros caminos de la locura.

La cosa comenzó hace ya buenos meses, cuando el primer ataque de Sendero Luminoso a Vilcashuamán. (Hubo síntomas anteriores, es cierto, pero hay instancias en que es muy difícil deslindar el delirio de la simple excentricidad). En esa ocasión —previa patraña montada por un grupo de la Guardia Civil— Belaúnde

recogió entre los restos de un imaginario combate épico, nada menos que un trapo rojo, común y corriente. Así como suena.

Entonces le explicaron, hasta el cansancio, desde la prensa de diestra y siniestra, que eso no representaba ninguna enseña nacional. Que los soviéticos tienen la hoz y el martillo y una estrellita en el ángulo superior izquierdo, que los chinos tienen un puñado de estrellas en su bandera, que los albaneses un águila bicéfala y negra, que la cubana no es roja, que la nicaragüense es azul y blanca (y no es la argentina), que la húngara es roja, blanca y verde (y no es la italiana), que la de Alemania Oriental es igualita a la de Alemania Occidental (y no es la misma). En fin, se hizo lo que se pudo. Pero Belaúnde, nada. El pobre se pasó un par de semanas, y algo más, diciendo que ninguna bandera roja flamearía sobre la bicolor peruana y, sobre todo, que esa era la *prueba definitiva de la intervención extranjera*.

Ya por ese tiempo se le desató la manía de nombrar bien, sin mirar a quien. En plena década de los años 80 echaba mano al viejo truco macartista de la supuesta conjura (inminente) del comunismo internacional. Pero sin pruebas esas acusaciones no funcionan (¿y dónde las iba a encontrar?). De modo que señaló en general, por ver qué pasa, a los países socialistas en bloque, sin

nombrar —claro está— a ninguno.

De un lado, pretendía desviar la atención de la inmensa responsabilidad que le cabe a su gobierno en el nacimiento de brotes como Sendero Luminoso. La miseria, en que nos ha sumido el gabinete Ulloa, es pésima consejera. Y la represión indiscriminada es una afrenta para la humanidad de este país.

De otro lado, cometía una insultante torpeza —por decir lo menos— contra los Estados socialistas con los que mantene-mos óptimas relaciones desde hace más de una década. Dos meses antes, el premier Ulloa se había permitido comprometer a Cuba en los sucesos del terrorismo. Lo declaró en una conferencia de prensa en Europa. Y en el colmo del cinismo habló de *pruebas contundentes que él se reservaba*. Un fragmento del *video tape* se pasó en un noticiero limeño a las 7 de la noche. En el de las 10 ya no se repitió. Y, hasta el día de hoy, han fondeado bajo todos los océanos el asunto. Así, de manera directa. Puesto que en la otra modalidad, la delirante, el régimen utiliza nada menos que al presidente de la República, tal como en otras ocasiones, y para otros fines, utiliza a su pintoresco hermano Francisco en los desvaríos parlamentarios.

No hay vuelta que darle, a este gobierno de la Oxy, de la Eastern, de la miss Universe

Inc., le cuesta demasiado hacerse a la idea de país soberano, que puede tratar con todos los pueblos del mundo, herencia recibida del general Velasco. Como Inka Cola, que de ser antaño *la bebida del sabor nacional* ha pasado a ser *Oh, yeah, que buena idea*.

Pero Belaúnde se ha coronado, realmente, en la última semana. Jamás creí que Dios me iba a dar vida para verlo en la TV, blandiendo el derechista cotidiano francés "Le Figaro", como prueba, otra vez *definitiva*, de la injerencia extranjera en el terrorismo.

Y ahí confunde la información, según él, magnificada de los problemas del Perú, con las cartas que el respetable (y, a veces, acusado de anticomunista) organismo Amnistía Internacional le ha dirigido por el injusto encarcelamiento del dirigente campesino Pastor Anaya Cuadros.

Anda mal Belaúnde y mal acompañado. Tal vez, antes de irse a Paracas, podría prestar oídos a Augusto Ferrando que es, para los mismos fines, mucho más eficaz. Si con los fantasmas de la conjura comunista se quiere provocar la amnesia nacional, es mejor el *slogan* de la peña: "No se la pierda que está como cañón, muérase de la risa y así se olvidará de todos sus problemas". (Antonio Cisneros).



He escuchado que Haya de la Torre contaba, en sus coloquios, que lo que más le sorprendió de su primera visita a Alemania fue la forma en que se jugaba al palo encebado. Allí, cuando alguien se lanzaba a competir, el público lo alentaba constantemente para que subiera y alcanzara el éxito. En el Perú, en cambio, Haya había visto exactamente lo contrario: quien se aferraba al madero era víctima de todo tipo de burlas, gritos de desaliento y hasta jalones de pantalón, que cesaban sólo cuando el pobre atrevido caía a tierra, de vuelta al nivel de los demás. El nivel de la incapacidad y la consiguiente impotencia, que nos caracterizan.

La tesis que está presente en la anécdota del palo encebado puede ser ilustrada con historias que todos conocemos. Quién no ha presenciado la representación de nuestra versión del palo encebado en su colegio, en la oficina, o en el partido. Quién no podría contar cómo vio frustrarse, una y otra vez, gente que intentaba hacer algo serio. Quién no podría dar su testimonio acerca de un caso pequeño o grande, en el cual los poderosos pasaron una buena iniciativa, formulada por alguien que se había propuesto "hacer país".

Vale la pena referir el caso de José Hurtado, un especialista en derecho penal. San marquino, con estudios en Sui-

Nuestra versión del palo encebado

Luis Pábara

za y Alemania, se empeñó en volver al Perú para escribir y enseñar. Produjo aquí tres libros y muchos artículos que quedan ahí, para ser juzgados. Abrió vías nuevas en la investigación. Y dedicó tiempo a la enseñanza universitaria, con seriedad y trabajo de síntesis propia.

Se le ofreció ingresar a la tarea judicial cuando, hace unos años, corrieron vientos de reforma en ese enrarecido ambiente. Hurtado ingresó, reduciendo su dedicación universitaria, para comenzar una labor que interrumpió en abril último, cuando no fue ratificado en su cargo de vocal de la Corte Superior de Lima.

¿Cuál fue su error? Quizá el error consistió en haber razonado sus sentencias de modo tal que, sin proponérselo, puso en evidencia la ignorancia jurídica a menudo prevaliente en la Corte Suprema de la República. O acaso su error estuvo en haber participado activamente en la formación de la Asociación Nacional de Magistrados, que fue vista —con el temor de aquellos que se benefician de la sumisión judicial— como embrión de un movimiento

gremial entre los jueces.

Como la Suprema no cumplió con el precepto constitucional que ordenaba fundamentar la no-ratificación, ni siquiera contamos con una coartada oficial para explicar el que Hurtado no fuera ratificado. Echado de la función, sin que se le formulara jamás cargo alguno, Hurtado debió buscar otro trabajo, como varios otros jueces honestos y capaces que sufrieron igual sanción.

La diferencia, en el caso de Hurtado, estuvo en que su calidad sí era apreciada fuera del país. Acaba de irse a Suiza, donde desempeñará la docencia universitaria.

Pero el caso de José Hurtado es sólo un ejemplo. Un alocado ejemplo del trato que nuestra sociedad dispensa a su inteligencia. Un iluminador ejemplo de la forma en que se ejerce el poder en el Perú. Un revelador ejemplo de la manera en que el país expulsa a su mejor gente.

Porque no se trata de casos individuales o de ejemplos excepcionales. Por el contrario, estamos ante un método mediante el cual se perpetúa sistemáticamente la me-

diocridad y se extirpa permanentemente la opinión distinta a la oficial.

Ciertamente, las formas de sanción son diversas. Hay el rumor que empieza por sugerir que el disidente abriga un propósito oscuro: "algo se trae". Esa es la más simple de las formas utilizadas para descalificar personalmente al presunto adversario; pero, para tal efecto, el recurso preferido en el país consiste en asegurar que el adversario es homosexual.

La otra vía, directa y expeditiva, se limita a eliminar al adversario, real o potencial, moviendo el resorte de decisión necesario. El resorte funciona, casi siempre, sobre la base de otro mecanismo típicamente nacional: el clientelismo. Ese gran depósito de favores intercambiables permite que algún poderoso pida la eliminación de quien le estorba. El sabrá recompensar la atención que se le preste. Y en este país —de una precariedad y una inseguridad sociales más que evidentes— quién perderá la oportunidad de congraciarse con quien formula, desde arriba, el pedido.

Se equivoca quien piense

que este siniestro recurso del poder está restringido a aquellos a quienes usualmente llamamos poderosos. En otras palabras, no sólo quienes controlan grandes recursos económicos o quienes ejercen altos cargos se rodean exclusivamente de quienes no puedan ensombrecerlos. En cualquier nivel institucional o jerárquico se repite aquel mecanismo, que también se vale de la envidia y la maledicencia para contribuir a la conservación de quien está arriba.

En la vasta red del poder —de pequeños y grandes poderes— que penetra toda la sociedad, está vigente el principio por el cual el hombre o la mujer competentes, dedicados y con voz autónoma, son considerados indeseables. Ocurre en las centrales sindicales y en los partidos políticos de todo el espectro. Se da en las universidades y los centros de investigación. Compromete la mentada eficiencia de la empresa privada. Y, por cierto, prospera en la burocracia estatal.

Puede que la explicación se halle en la escasez de recursos de una sociedad miserable. Puede que la causa esté en la "herencia colonial" que configuró un dominio oligárquico que sobrevive a la oligarquía. Pero lo que importa es que nuestra actitud ante el palo encebado es uno de los males que, en círculo vicioso, reproduce inacabablemente lo que somos.